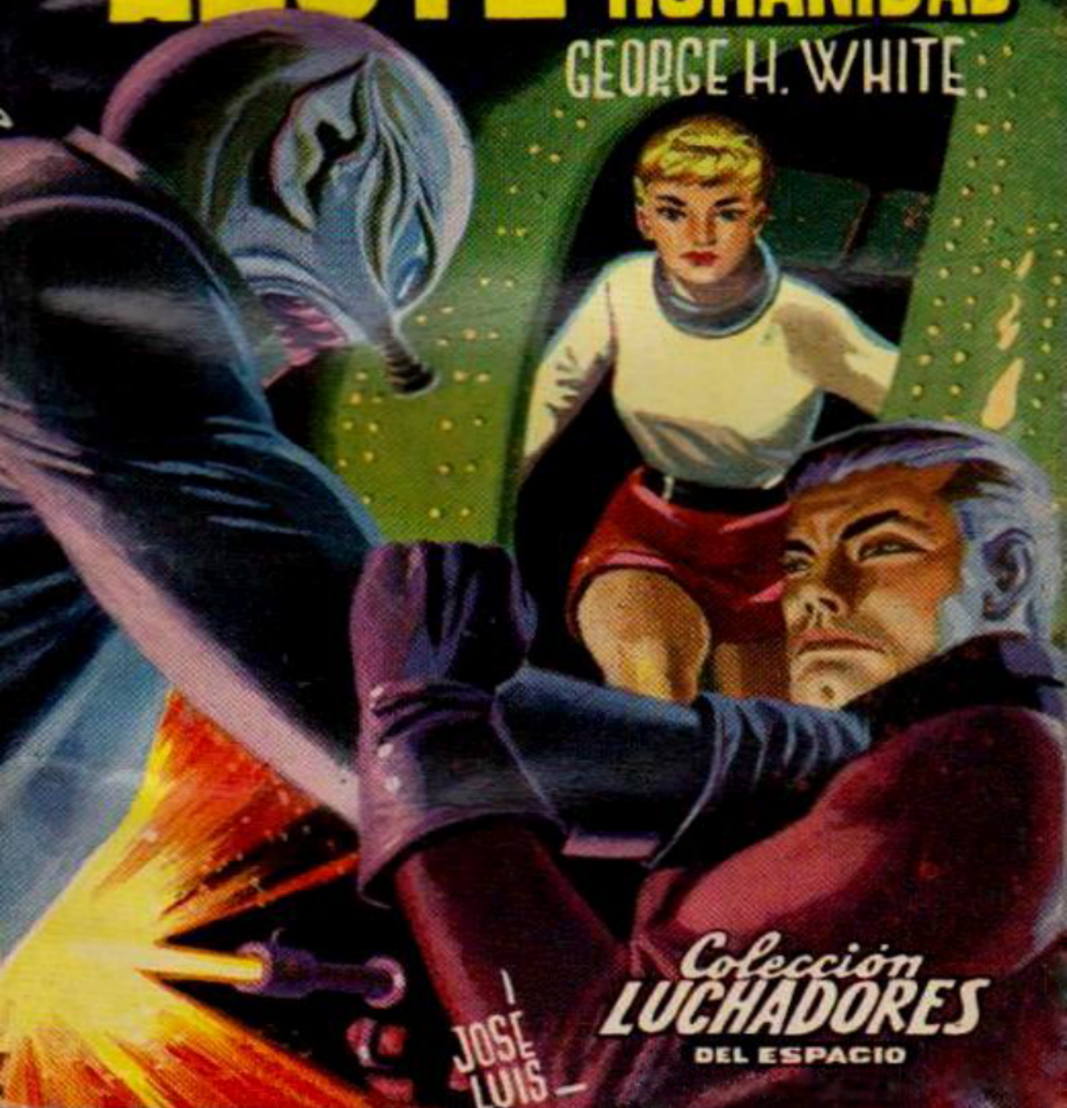

El AZOTE de la HUMANIDAD
GEORGE H. WHITE
JOSE LUIS
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

[image]

CAPITULO PRIMERO

NAHUM A LA VISTA

El profesor Valera se hizo a un lado y sonrió señalando el periscopio.

- Nahum a la vista, señores. Miguel Ángel Aznar se acercó y pegó sus ojos a los oculares del telescopio electrónico. La mirada con que escrutó el inmenso abismo sideral que todavía les separaba de Nahum estaba llena de ansiedad y de emoción.

Aquel astro rutilante que veía brillar en las negras profundidades del espacio podía ser a la vez la confirmación de sus más caras ilusiones o la culminación del ciclo de desgracias que le habían perseguido implacablemente en los últimos años.

Un año llevaban navegando por el vacío espacial a velocidades que se aproximaban a las de la luz. Al abandonar el planeta Exilo, donde les habían desterrado los amotinados del autoplaneta "Valera", y en donde la Bestia Gris vivía oculta fraguando ambiciosos planes para la conquista del Universo, Miguel Ángel proponíase volar hasta el lejano planeta Tierra. Pero las provisiones halladas a bordo de la nave, al tenerse que repartir entre sus 3.800 tripulantes, no alcanzaba apenas para mantener a éstos durante un año de viaje, siendo así que se necesitaban no menos de 50 años-luz para llegar a la Tierra.

Los planetas más próximos en los cuales podían obtener asilo y ayuda para emprender definitivamente el viaje de regreso a la Tierra eran los nahumitas. Aquí, Miguel Ángel Aznar había dejado buenos amigos que le facilitarían aeronaves y provisiones para el viaje de regreso.

Sólo un inconveniente se erigía ante sus esperanzas y era que la Bestia Gris había emprendido también la ruta de Nahum con un año de anticipación. En este tiempo, la Bestia podía haber arrollado la resistencia nahumita erigiéndose en ama y señora de todos los planetas del cortejo de Nahum. Podía ocurrir, pues, que Miguel Ángel y sus compañeros fueran a caer directamente entre las zarpas de su mortal enemigo.

Por otra causa muy distinta, la emoción de Miguel Ángel Aznar era mayor que la de sus compañeros al aproximarse a Nahum, pues este sol que le lanzaba su saludo luminoso desde las profundidades del espacio era el mismo a cuya luz nació el más grande amor de su vida: Ámbar, Princesa de Nahum.

Años de separación y el abandono de la orgullosa princesa no habían bastado para extirpar del corazón del joven terrícola el amor que profesaba a su bella esposa. Este amor vivía negado y escondido en las capas más profundas del subconsciente de Miguel Angel a

donde el joven lo arrojaba cuantas veces osaba trastornar sus pensamientos. Pero aunque negado, existía, y era él quien con sus sordos gritos asomaba ahora al torturado espíritu del terrícola invadiéndolo con una oleada de nostálgicos recuerdos. Ambar, la Princesa de Nahum, había regresado a su patria después de abandonar a Miguel Angel. Estaba allí, sin duda, y él la vería de nuevo dentro de poco.

Irritado consigo mismo, avergonzado de aquel amor suyo capaz de sobrevivir al desengaño y el abandono, se apartó del telescopio cediendo el puesto al profesor Castillo.

Al volverse, sus ojos fueron a caer sobre el harapiento grupo de mujeres y hombres que, apelotonados ante la puerta de la cabina y en el pasillo contiguo, observaban y escuchaban cuanto se hablaba en la cámara de derrota. Por entre este grupo y en este mismo instante se abría paso a empujones una muchacha que de vez en cuando se empinaba sobre las puntillas de los pies para mirar hacia la cabina por encima de la valla humana.

- iSeñor Miguel Ángel!

Miguel Ángel la miró sorprendido. Como a otras mujeres de la tripulación creía haberla visto alguna vez entre los 3.800 seres que se hacinaban materialmente en los diversos compartimientos, cabinas y corredores de la aeronave. Pero no la conocía.

La muchacha arrolló de un último y vigoroso empujón a la barrera humana que se interponía en su camino y entró en la cámara de derrota. Era alta, esbelta y fuerte a la vez. Tenía negros los cabellos y los ojos, y pálida y desencajada su bella faz.

- ¡Señor Aznar! -gritó plantándose ante Miguel Ángel de un salto-. i Venga! Mi padre acaba de sufrir un ataque... temo que se muera... quiere hablar con usted!

Pillado por sorpresa, Miguel Ángel volvióse hacia el doctor Darío.

- Es la hija del profesor Valdivia -dijo el doctor contestando a la mirada interrogativa del joven. Y se llevó el índice a la sien moviéndolo como si apretara un tornillo invisible.

La muchacha, siguiendo la dirección de los ojos de Miguel Ángel, sorprendió al médico en su ademán. Sus pálidas mejillas se colorearon de rubor.

- Sí, ya sé que tienen a mi padre por chiflado -dijo la joven clavando en Miguel Ángel sus negras y relampagueantes pupilas-. Todos los grandes hombres fueron tomados por locos.

- No se ofenda usted, Carmencita -murmuró Darío-. Sólo bromeaba.

- Pues no es muy piadoso reírse de un pobre hombre que se halla en trance de muerte.

- ¡Bah! Exagera usted, Carmen. Lo único que padece su padre es un exceso de imaginación y trabajo agravado por una alimentación

deficiente. Su corazón no marcha bien, pero vivirá otros cincuenta años si abandona su manía de inventar cosas imposibles… Bueno, vamos a ver lo que pasa.

El médico echó a andar hacia la puerta y Carmen Valdivia miró implorante a Miguel Ángel.

- Venga usted también, por favor. Mi padre tiene algo muy importante que decirle… Fue la alegría de haber superado las dificultades de su invento lo que motivó el ataque al corazón…

Miguel Ángel volvió sus ojos en torno. Los sabios y científicos, atraídos por la actitud apremiante de la muchacha, habíanse acercado y sonreían burlonamente de sus palabras. También Miguel Ángel conocía al profesor Valdivia, el cual llevaba varios meses importunándole con las noticias de los progresos que iba realizando en la conclusión de un invento cuya naturaleza le daba fama de chiflado entre Ios científicos de a bordo.

- Le acompañaré si eso sirve para tranquilizar a su padre, señorita -murmuró el joven-. Y dirigiéndose a su cuñado le indicó: -Cuida tú de la radio, José Luis. Sintonizando con alguna emisora nahumita, o simplemente escuchando la radio de los thorbod, calculo que podremos formarnos una idea aproximada del curso de la Contienda y de los planetas donde podemos aterrizar. Vamos, señorita Valdivia.

La joven echó a andar seguida de Miguel Ángel. Algunos sabios, movidos por la piedad hacia aquel chiflado profesor Valdivia o simplemente por curiosidad, abandonaron también la cámara de derrota y siguieron a Miguel Ángel.

Carmen Valdivia les llevó por un pasillo atestado de gente hasta el ascensor que, atravesando los sucesivos pisos de la aeronave, ponía en comunicación la ojiva del gigantesco cohete con la popa y la sala de máquinas. La nave, con ser grande bastaba apenas para acoger en sus entrañas a 3.800 tripulantes que lo invadían todo.

Los pisos que el ascensor dejaba atrás estaban ocupados por gentes que llevaban todo un año de encierro entre las metálicas paredes de la aeronave, durmiendo sobre el duro suelo, con los organismos fatigados por una deficiente alimentación, y la moral maltratada por la incertidumbre de su futuro y las incomodidades propias de un hacinamiento humano que ni siquiera disponía de agua suficiente para dedicarla a usos higiénicos.

El ascensor no se detuvo hasta llegar a uno de los compartimientos inferiores, precisamente encima de la sala de máquinas donde el calor hacía casi insoportable la atmósfera.

- ¿Es aquí donde habitan ustedes? -preguntó Miguel Ángel a la muchacha.

- Sí. Aquí hace mucho calor, pero papá puede trabajar a sus anchas sin que nadie le moleste. Para dormir subimos a los pisos de arriba.

Por un pasillo entre grandes depósitos de productos químicos, Carmen Valdivia condujo a sus acompañantes hasta un pañol de herramientas que estaba alumbrado, como todas las dependencias de la nave, por una lámpara de luz solar. Los ocupantes del pañol habían amontonado las herramientas a un lado habilitando en el centro una mesa con una chapa de acero sobre dos bidones de lubricante. La mesa así fabricada estaba llena de papeles viéndose en un extremo de la misma una pequeña máquina de calcular de modelo muy antiguo.

El doctor Darío, que sin duda había bajado otras veces hasta este averno, se fue en derechura hacia un rincón de la cabina. Allí sobre un deteriorado asiento de muelles, yacía un hombre alto, flaco y huesudo, que al ver entrar al grupo sonrió débilmente.

Don Jesús Darío extrajo del bolsillo un fonendoscopio, se arrodilló en el suelo y procedió a desabrochar la sucia camisa del sabio, húmeda de sudor. El profesor Valdivia hizo señas a Miguel Angel para que se acercara.

- ¡Lo he conseguido, señor Aznar! -exclamó con voz muy débil-. El sueño de que le hablé podrá ser una realidad.

- No se excite, profesor -recomendó el médico-. Su corazón trepida como una prehistórica camioneta.

- ¡Al diablo mi corazón! -masculló el sabio. -Ya puedo morir tranquilo. He conseguido lo que quería y sólo me gustaría verlo realizado.

- Pues procure tener calma si quiere vivir aunque sólo sea hasta entonces.

- Acérquese usted más, señor Aznar. Vengan también todos ustedes -llamó el profesor Valdivia sin hacer caso de los consejos del doctor. Y empezó a hablar, no como si se dirigiera a hombres de ciencia, sino como si hablara todavía a alumnos desde la cátedra que había ocupado en una de las universidades más famosas del autoplaneta "Valera".

- El viejo mundo de nuestros antepasados consistía en substancias que llenaban el espacio y que estaban compuestas por partículas de materia dura e inerte. Aquel mundo se vino abajo cuando la Ciencia descubrió que la materia estaba formada principalmente de espacio vacío, dentro del cual gravitan con velocidades vertiginosas algunas partículas infinitesimales, tan pequeñas que nadie las ha visto jamás.

El profesor Valdivia hizo una pausa para recobrar el aliento, desdeñó el movimiento pesimista de la cabeza del doctor Darío y prosiguió:

- La materia se compone de moléculas cuyo diámetro es, en promedio, de dos diezmillonésimas de milímetro. Las moléculas se componen de átomos tan pequeños que cinco millones de ellos podrían colocarse en fila dentro de la punta de un alfiler. Durante

largo tiempo se creyó que el átomo era el último e indivisible constituyente de la materia, pero se sabe que consta, aproximadamente, de un protón que es el elemento eléctrico positivo del núcleo atómico, rodeado de electrones, o sea de partículas de electricidad negativa que giran como un torbellino en torno al protón.

El profesor Valdivia volvió a interrumpirse, esta vez para dar tiempo a sus oyentes a que meditaran bien en sus significativas palabras, y luego continuó: Cuando se mira con un telescopio al Universo le impresiona a uno y casi aterra la inmensidad del espacio vacío en el cual se hallan los cuerpos celestes, a gigantescas distancias los unos de los otros. Sin embargo, la proporción de espacio vacío que hay entre fas partículas de la materia en el interior del átomo es muchísimo mayor que el espacio celeste que hay de unos planetas a otros en el sistema solar. De ahí que el espacio vacío constituye la cualidad más extraordinaria de la materia. En realidad, no sólo quedan espacios vacíos en la materia sólida, sino que casi todo el volumen que ocupa la materia está formado de espacio vacío.

Miguel Ángel evocó con nostalgia sus tiempos de estudiante de la Universidad, cuando su viejo profesor, ante un grupo de niños, sonreía con la faz transfigurada por el entusiasmo al abrir ante la curiosidad infantil de sus oyentes el aterrador abismo de las maravillas subatómicas. Así también sonreía ahora el profesor Valdivia, con el mismo brillo febril en sus oscuras pupilas.

- La revelación hecha por la física moderna del vacío existente dentro del átomo -siguió diciendo el sabio-, es más perturbadora que las revelaciones de la Astronomía sobre el inmenso vacío del espacio interestelar. El átomo es tan poroso como él sistema solar. Si elimináramos todos los espacios que en el cuerpo de un hombre no están ocupados por la materia y reuniéramos los protones y electrones en una sola masa, el hombre quedaría reducido a una mota de polvo, apenas visible con la ayuda de una lente de aumento. Puesto que al eliminar solamente los espacios vacíos se conservarían todas las partículas de la materia, el peso de esta mota compuesta ahora de protones y electrones, apretados los unos contra los otros en forma compacta, sería el mismo que tenía el cuerpo de un atleta de casi dos metros de estatura. ¡Esa invisible mota de polvo pesaría cien kilogramos!

Don Elíseo Valdivia se detuvo con la respiración entrecortada por la emoción. Paseó su triunfal mirada en torno, como a la espera de oír las exclamaciones de asombro que indefectiblemente habían subrayado el final de esta lección de física nuclear allá en el aula de la Universidad del autoplaneta "Valera". Pero los hombres que le escuchaban, aun aquellos cuya especialidad no era la física, poseían una cultura bastante extensa para no maravillarse de las palabras del

profesor Valdivia. Este no dio muestras de preocuparse mucho por ello y continuó:

- En la misma medida, si pudiéramos eliminar los vacíos atómicos de los constituyentes materiales del globo terráqueo, éste se reduciría de tamaño hasta quedar convertido en una pequeña esfera cuyo radio sería aproximadamente de ochocientos metros nada más. Hasta aquí hemos hablado solamente de posibilidades teóricas. Realmente, el sueño de comprimir las partículas del átomo suprimiendo todos los espacios vacíos hasta reducir a un hombre al tamaño de una mota, es tan fantástico que se resiste incluso a la concepción de las mentalidades más exaltadas. Sin embargo, debiera ser posible. El Hombre se ha enfrentado con problemas tan difíciles o más que éste y los ha resuelto. Los ha resuelto, sobre todo, porque alguien ha sido capaz de atacarlos sin formar de antemano juicios pesimistas acerca del resultado de sus esfuerzos. La Humanidad hubiera progresado mucho más aprisa si, falta de prejuicios, hubiera abordado los más arduos problemas saltándose muchas etapas de su progreso metódico y pacienzudo. Nuestros antepasados del siglo veinte, con más entusiasmo y menos conocimientos científicos que nosotros, hicieron descubrimientos realmente portentosos.

- En efecto -dijo el profesor Ferrer interrumpiendo a Valdivia por primera vez-. Hicieron muchos descubrimientos… por casualidad.

- Por casualidad o por intuición, ¿qué importa? -repuso Valdivia con prontitud-. Ellos inventaron cosas que ignoraban si alguna vez servirían para algo práctico, y otras muchas que siendo prácticas, funcionaban de una forma para ellos misteriosa. El hecho es éste. Dieron un considerable impulso a la ciencia saltándose muchos años, tal vez siglos de lento progreso por el camino de las experiencias, del meticuloso análisis de los descubrimientos hechos por sus antepasados. En más de dos mil años la Humanidad no había progresado nada. Y de pronto se inventó la máquina de vapor, el telégrafo y el teléfono, el motor de explosión, la utilización práctica de la electricidad, la radio, la aviación y hasta la bomba atómica.

- Los tiempos han cambiado mucho, mi estimado colega -rió un sesudo profesor en física nuclear-. No es posible en la actualidad realizar inventos por pura intuición. ¡Digo! Espero que usted no haya resuelto por pura casualidad la forma de comprimir la materia eliminando los espacios vacíos… si es que acaso lo ha resuelto.

- Desde luego, lo he resuelto -contestó el profesor Valdivia. Y un silencio hostil siguió a su declaración-: Lo único que intentaba hacer era defender mi posición. Se que se han burlado mucho de mí por causa de mis trabajos. Nuestra Ciencia admite la posibilidad de que algún día podamos comprimir los átomos… como admite todo aquello que le parece imposible. "Tal vez -dicen ustedes- estamos haciendo

cosas que a nuestros abuelos les hubieran parecido imposibles. En realidad, fueron ellos quienes las hicieron posibles gracias a sus estudios. El progreso es como una madeja que hay que ir devanando poco a poco, so pena de armarse un lío y tener que volver a empezar".

- ¿Y no es así? -interrogó el sabio frunciendo el ceño.

- No me he preocupado nunca en definir el progreso -repuso Valdivia dando muestras de agitación-. He recorrido mi propio camino sin detenerme ante los obstáculos que el Hombre pone allí donde su ignorada le abruma y avergüenza. He atravesado zonas en tinieblas y he vuelto a encontrar la luz más allá de lo que ignoramos todavía. La Ciencia no siempre va a vanguardia del progreso. Muchas veces tuvo que contentarse con hallar explicación lógica a los inventos realizados sin su cooperación… y el presente será uno de estos casos.

- Por lo que nos está dando a entender, usted no puede demostrar matemáticamente que haya llegado a una solución práctica del problema en que se ocupa -insinuó el sabio sonriendo con ironía.

- Puedo demostrarlo prácticamente, que es mucho más convincente.

- ¿Ahora mismo?

- No, ahora no -murmuró Valdivia con desaliento-. Carezco de la maquinaria indispensable, pero si al llegar a uno de los planetas nahumitas se me dan facilidades…

- Vamos, señores -dijo el sabio volviéndose hacia sus colegas con una sonrisa conmiserativa en los labios-. Hemos perdido el tiempo lamentablemente.

Los científicos comenzaron a desfilar hacia la puerta sofocando risas y moviendo las cabezas con compasión. Les daba lástima aquel colega grillado, cuyo cerebro debía haberse licuado en la atmósfera de horno de aquel pañol donde había ido en busca de soledad para dedicarse a estériles y agotadoras elucubraciones matemáticas.

El profesor Ferrer se inclinó sobre el enfermo.

- Hágame usted caso, profesor -le dijo empleando el mismo tono que dedicaría a un niño-. Abandone ese problema y dedíquese a vivir lo mejor que pueda. De todas formas, ¿qué utilidad reportaría poder comprimir a un hombre hasta reducirlo a una mota de polvo?

- Si un hombre fuera reducido a ese tamaño moriría -repuso Valdivia reclinando la cabeza sobre el brazo de su hija-. Pero un acorazado sideral, ¡un millón de acorazados y todo un ejército robot podría reducirse de tamaño y caber dentro de un disco volante! Ya no serían necesarios autoplanetas de las colosales proporciones de "Válera" para transportar nuestras fuerzas armadas hasta los rincones más remotos del Universo. Un simple destructor sideral bastaría para llevar hasta la superficie de un planeta enemigo este ejército robot liliputiense. Usted mismo podría llenarse los bolsillos de tanques y llevarlos consigo a todas partes como si fueran nueces. Nuestras

unidades de la Armada Sideral no tendrían que abandonar el combate para volver a aprovisionarse de torpedos a su base. Los grandes torpedos robot de ocho metros que ahora utilizamos podrían ser reducidos al tamaño de un puño y dispararse con cañones-ametralladoras como si fueran granadas de treinta milímetros de calibre. ¡Piense usted, Ferrer! ¿Cuántos torpedos podría llevar a bordo de un acorazado sideral? ¿Cuántos millares de torpedos podría poner en el espacio en un minuto disparándolos como si fueran proyectiles de ametralladora? ¿Qué armada sideral enemiga, por poderosa que fuera, podría contener o eludir esa mortífera cortina de bombas atómicas?

Don Elíseo Valdivia se detuvo sudoroso y jadeante, clavando en el ingeniero sus pupilas brillantes.

Ferrer sonrió entre incrédulo e impresionado.

- Pero, bueno -murmuró-. ¿Este ejército liliputiense conservaría sus facultades combativas al ser reducido de tamaño?

- Claro está que no. Para entrar en combate tendrían que volver al tamaño que tenían al construirse. Pero ello no sería obstáculo para su efectividad, porque momentos antes de llegar a su objetivo podría hacerse que recobraran su tamaño natural. En el caso de los torpedos autómatas, por ejemplo, estos navegarían por el vacío interestelar durante un rato por el impulso que le daría el cañonazo al dispararlos. Al llegar a los límites del alcance de cierta onda de radio, dejarían de estar sujetos a la compresión impuesta y mantenida artificiosamente. Entonces volverían a su proporciones anteriores y se gobernarían por sí mismos hasta el objetivo, tal y como han venido haciendo hasta ahora. El enemigo no los vería hasta tenerlos encima… y entonces sería demasiado tarde para escapar de ellos.

El profesor Ferrer contempló muy serio al físico como si recelara estar siendo víctima de una pesada broma.

- Y ahora dígame, señor Ferrer -invitó el sabio. ¿No cree que mi invento es realmente maravilloso?

- Demasiado para que llegue a convertirse en realidad -sonrió Ferrer.

- Y usted, ¿qué piensa señor Aznar?

Miguel Ángel sobresaltóse cual si acabaran de despertarle con brusquedad de un profundo sueño. No atendía a las palabras del profesor, ni siquiera las oía. Valdivia le había hablado en otras ocasiones de su invento, enumerando con entusiasmo las múltiples ventajas que su realización podría reportar. No pensaba entonces en el prodigio de una Armada Sideral en miniatura y un Ejército Autómata de bolsillo, sino en realidades mucho más próximas y bastante menos halagüeñas.

El profesor Valdivia hubo de repetir su pregunta.

- Mi querido profesor -repuso Miguel Ángel. Soy un profano en materia de física nuclear, la idea de construir un ejército capaz de ser llevado en una maleta es realmente fantástica y me entusiasma. Calculo, sin embargo, que no debe ser cosa fácil llevar a la realidad ese sueño. Como todos los hombres que crearon técnicas revolucionarias, tendrá usted que sufrir muchos sinsabores antes de demostrar que no está loco y conseguir los elementos necesarios para sus experimentos. Esto no puede negárselo a usted nadie. Yo le aconsejo que archive sus papeles para cuando estemos de regreso en la Tierra, donde podrá hacer valer sus derechos a experimentar su invento y donde es muy posible que su idea sea acogida con mayor entusiasmo.

- ¡Pero señor Aznar! -protestó Valdivia incorporándose en su mísero lecho-. ¡Yo no puedo esperar los cincuenta y pico de años que nos faltan para estar de regreso en la Tierra! No viviré tanto, con toda seguridad Y, además; es ahora cuando realmente necesitamos un ejército en miniatura para derrotar a la Bestia Gris. Si mi invento es posible, de lo cual no me cabe la menor duda, ya habrá sido realizado en la Tierra, donde la civilización habrá adelantado en más de dos mil años a la nuestra para cuando lleguemos allá. No es en la Tierra donde hace falta mi invento, sino aquí, en Nahum.

- Pues temo que no sea posible realizarlo en Nahum, amigo mío -suspiró Miguel Ángel-. La Bestia Gris llegó a esta galaxia con un año de anticipación a nosotros y es casi seguro que ya tienen dominados o está a punto de dominar a todos los planetas nahumitas. Probablemente no encontrará usted una sola instalación industrial donde poder experimentar su invento. Puede que ni siquiera quede en pie una fábrica de torpedos autómatas y, en último extremo, es a los nahumitas a quienes corresponde decidir si esa idea de usted merece siquiera la pena de ser tomada en serio.

- Serían estúpidos si la desdeñaran -dijo aquí Carmen Valdivia con acento irritado-. Al fin y al cabo, sólo pretendemos ayudarles.

- Los nahumitas pueden no creerlo así, señorita - advirtió Miguel Angel-. Tenga presente que el invento de su padre sólo existe sobre el papel. Menos aún que eso, ni siquiera puede demostrar con cifras la posibilidad de realizarlo. ¿Quién prestaría atención a un invento que es sólo una idea, apenas un presentimiento en el cerebro de su creador? Allá en nuestros planetas federados el gobierno dispone de colosales locutorios donde cualquiera que no esté loco puede experimentar los inventos más absurdos. ¿Pero qué gobierno nahumita, pobre en recursos y agobiado por el peso de una guerra, perdería el tiempo en comprobar si una simple idea podía cristalizar en realidades? ¿Es que no lo comprenden ustedes?

Carmen Valdivia abrió la boca para decir algo, pero su padre la

atajó con un ademán.

- Déjalo, Carmencita -murmuró con aire abatido-. El señor Aznar tiene razón. No puedo exigir a los demás que se crea a ojos cerrados en mis palabras, ¡Nadie puede creerme! ¡Nadie!

El sabio dejó reposar su fatigada cabeza sobre el brazo de su hija y la muchacha se echó a llorar. Lloraba de rabia e impotencia, clavando en Miguel Angel una mirada de aborrecimiento a través de sus lágrimas. Al joven le hubiera gustado poder consolar a aquel pobre viejo con palabras de aliento, pero no podía hacerlo sinceramente, porque tampoco él podía creer en las fantásticas concepciones del profesor Valdivia.

- Lo siento -murmuró mientras se dirigía hacia la puerta seguido del profesor Ferrer.

CAPITULO SEGUNDO

CAMBIO DE RUMBO

Frenando el tremendo impulso que le había llevado a través de millones de kilómetros de ruta con los motores parados, la aeronave cruzó como una exhalación la órbita del planeta más exterior de la galaxia nahumita, un gigantesco globo cubierto de hielo que rodaba por la soledad del espacio envuelto en la luz crepuscular de un Sol tan lejano, que sólo brillaba en su aterido cielo con el tamaño de una naranja.

El júbilo despertado por el anuncio de la inminente arribada a Nahum fue cediendo sitio a un estado de angustiosa espera. Hasta el poderoso receptor de radio de la aeronave iban llegando lejanos mensajes, todavía confusos.

Se sabía, no obstante, que eran radios thorbod. El idioma áspero y desagradable de la Abominable Bestia Gris era inconfundible.

Las llamadas de la radio thorbod se hicieron más claras y vigorosas cuando la aeronave tripulada por los terrestres alcanzó la órbita del penúltimo de los planetas nahumitas, otro gigante helado que en aquella época del año rodaba por el otro lado de Nahum. Los mensajes de los hombres grises, después de pasar por la máquina descifradora de claves, sumieron a los terrícolas en la confusión y el pesimismo.

Según se desprendía de la interpretación correcta de los radios thorbod, la Bestia luchaba sobre la tierra firme de los planetas Bagoah y Ursus.

En realidad no eran los thorbod en persona quienes en aquellos mundos se dedicaban a vencer la tenaz resistencia de los nativos, sino sus nutridas divisiones de Hombres Verdes.

El thorbod, que era una bestia extraordinariamente inteligente,

pero escasa de fecundidad y lento desarrollo, contaba ahora con un poderoso aliado para dominar al Universo entero. Este aliado era el hombre verde, criatura vegetal dotada de una primitiva inteligencia y una enorme vitalidad, que podía sembrarse con la profusión del trigo y se alimentaba como las demás plantas de la luz y del calor del sol, de las sustancias de la tierra y de la humedad del aire.

Miguel Ángel y sus compañeros de fatiga habían tenido ocasión de conocer a estos extraordinarios hombres-planta en el planeta Exilo. El profesor Castillo, notable botánico y biólogo, estudió a los hombres-planta de Exilo llegando a la aterradora conclusión de que la rudimentaria inteligencia de estas criaturas estaba interceptada y controlada por los thorbod. Con un pequeño aparato electrónico alojado en sus organismos, los hombres-planta que daban reducidos a la condición de simples robots. Unos robots mucho más terribles que todos los robots construidos artificiosamente hasta entonces por el Hombre.

Eran las multitudinarias legiones de hombres-planta quienes luchaban en los planetas nahumitas Los radios interceptados por los terrícolas eran bastante elocuentes. La Flota Thorbod, debía estar apoyando desde el aire la progresión de las legiones verdes en tierra firme. La invasión debía de desarrollarse con lentitud, pero sólo era cuestión de tiempo que la resistencia de los nahumitas quedara totalmente aplastada.

Inesperadamente, un mensaje thorbod captado por José Luis Balmer llenó de esperanzas el corazón de Miguel Ángel Aznar:

"La Primera y Segunda divisiones siderales deberán reunirse a lo largo de la órbita del planeta Ibajay para lanzar un ataque conjunto contra la Imperial Flota de Nahum que defiende, el planeta Noreh"

- ¿Han oído ustedes eso?-gritó el almirante don Rodrigo saltando de alegría-. ¡Los thorbod no han invadido todos los planetas nahumitas. ¡Hay todavía una fuerza sideral defendiendo a Noreh!

Miguel Ángel sintió un estremecimiento de frío recorrerle la espalda. ¡La patria de su esposa resistía todavía! Ella, con toda seguridad, se había salvado y él podría obtener una nave sideral con la que emprender el regreso a la Tierra. Tal vez, la misma Ámbar quisiera seguirle ahora, convencida del desastroso final de aquella lucha sin esperanza contra la Bestia Gris.

- iRumbo a Noreh! -ordenó a los pilotos. Y apoyando una de sus manos sobre los anchos hombros de José Luis Bálmer preguntó-: ¿Crees que podrías hacer llegar hasta Nahum un mensaje anunciando nuestra llegada?

- ¡Seguro! i -aseguró el joven.

Mientras la aeronave arrumbaba al todavía lejano Noreh y José Luis empezaba a lanzar llamadas en distintas longitudes de onda e idioma

nahumita, entró en la cámara de derrota una muchacha alta, escultural, fuerte y bella, que hacía ostentación de unos; ademanes un tanto bruscos Y hombrunos.

Miguel Ángel la saludó con una sonrisa.

- ¡Hola Amátifu! ¿Sabes que al fin vamos a aterrizar en un mundo donde encontraremos amigos?

- ¿En Noreh, tal vez? -preguntó la muchacha en castellano, pero con fuerte acento thorbod.

- Sí. ¿Quién te lo ha dicho?

- Tus ojos, Migue| Ángel. La felicidad rebosa en ellos. Supongo que será porque esperas ver muy pronto a tu esposa.

Miguel Ángel sonrojóse ligeramente.

- Nuestras fatigas terminarán dentro de unas pocas horas -dijo como si no hubiera oído la alusión de Ámatifu-. Al fin podremos comer a placer, quitarnos estos harapos y tomar un baño, que buena falta nos hace a todos. Los nahumitas nos darán algunas aeronaves para que podamos emprender enseguida el regreso a nuestra patria. Tal vez nos presten alguno de sus grandes autoplanetas… Creo haberte explicado cómo son éstos.

Amatifu asintió. Sí. Miguel Ángel y los demás compañeros de navegación astronómica le habían hablado en distintas ocasiones de los grandes autoplanetas que colaban de estrella a estrella llevando dentro una fabulosa ciudad, y también de otras maravillas no menos portentosas.

Durante todo un año, mientras volaban a través del espacio, Amatifu había recibido una elemental e intensiva educación. La que allá en Exilo fue jefe de belicosas amazonas hacía gala ahora de un superficial barniz de cultural terrícola.

Esta educación no bastaba, desde luego, para que la muchacha pudiera hallar explicación lógica a los múltiples milagros que diariamente veía realizar a los hijos de la Tierra. Pero al menos había servido para desterrar del crédulo espíritu de la salvaje la creencia de que sus nuevos amigos eran semidioses, y cosas encantadas animadas de vida propia, las máquinas de que se servían.

En la mente de Amatifu eran todavía muy confusos los conceptos "volar", "planeta", "automóvil" y tantos otros sin los cuales era imposible comprender la misión que estaban realizando. Pero sin llegar a penetrar en las causas, Amatifu aceptaba con infantil credulidad los efectos y vivía feliz a su manera.

Sólo una contrariedad amargaba los felices días de Amatifu. Amaba a Miguel Ángel Aznar con un amor callado, resignado y sin esperanzas, celosa de aquella altiva princesa de Nahum que era la dueña del corazón de su ídolo, odiándola sin conocerla.

Hoy, al término del largo viaje por el espacio, Amatifu no se hacía

eco de la alegría de sus compañeros de éxodo. Ella mejor que nadie conocía el corazón de Miguel Ángel. Sabía que amaba todavía a la princesa de Nahum, y que nada deseaba tanto como reconciliarse con su esposa.

De haber tenido poder para hacerlo, Amatifu detendría ahora mismo a la aeronave eternizando su llegada al planeta Noreh.

La amazona, con su aguda intuición femenina, estaba más cerca de la verdad que el propio Miguel Ángel. Este deseaba todo cuanto Amatifu adivinaba aunque no se atreviera a confesárselo a sí mismo y rechazara indignado toda idea de reconciliación con su Ámbar.

José Luis Balmer, que permanecía inclinado sobre el receptor de radio, se irguió apretando los auriculares contra sus oídos.

- ¡Escuchen esto! -gritó con júbilo. Y conectó el tornavoz.

- ¡Aquí estación interestelar de Kindal! -anunció una potente voz en lengua nahumita-. iEstación interestelar de Kindal contestando a llamada del cohete sideral "Esperanza"! ¡Esperamos su mensaje! ¡Cambio!

- ¡Son los nahumitas! -exclamaron varias voces excitadas.

Los terrícolas habían bautizado a su aeronave con el nombre de Esperanza, y esta contraseña daba José Luis Balmer en sus llamadas.

- ¡Hola, Kindal! -gritó José Luis ante el micrófono-. Cohete sideral "Esperanza" al habla. Confirmamos llamada anterior. Somos terrícolas procedentes del autoplaneta "Valera". Con nosotros viene Miguel Ángel Aznar, Almirante Mayor del Ejercito Expedicionario Terrícola. Viaja mas en una aeronave robada a los thorbod y vamos en demanda de Noreh. ¿Entendido? ¡Cambio!

Siguieron unos minutos de pausa. El coronel Tortajada y el vicealmirante Jorge Aznar competían en la tarea de morderse las uñas.

- No contestan -apuntó Amatifu.

- Espera. Incluso las ondas eléctricas invierten algún tiempo para recorrer una distancia tan larga, llegar al receptor de la estación de Kindal y volver al nuestro con la respuesta -dijo José Luis.

En efecto. La respuesta llegó al cabo de unos minutos:

- ¡Atención, terrícolas! Entendido el mensaje. Vamos a transmitirlo al Imperial Almirantazgo. Estén a la escucha dentro de veinte minutos. ¡Cambio y corto!

Se escuchó un "clic" metálico. José Luis Balmer sonrió satisfecho. Miguel Ángel se mordió con fuerza Ios labios. Había tenido que hacer un poderoso esfuerzo para reprimirse y no saltar hacia el micrófono preguntando al lejano operador de radio de Kindal si la princesa Ámbar había llegado sin novedad a Noreh después de abandonar el autoplaneta "Valera".

Los comentarios fueron repentinamente interrumpidos por la metálica voz de un serviola robot que anunciaba la presencia de una

importante fuerza sideral por la demora 42. Aquella flota era propia; es decir, thorbod, si se tenía en cuenta que la aeronave en que viajaban los terrestres fue robada audazmente a los hombres grises de Exilo y todos los servicios electrónicos continuaban funcionando como si la tripulación fuera thorbod.

Miguel Ángel saltó ante el periscopio y lo asentó contra la fuerza enemiga. Ésta era visible como una miríada de diminutos puntos brillantes, cuya forma era imposible definir.

- Demasiado lejos todavía -murmuró preocupado el joven.

- ¡Eh, oigan esto! -gritó José Luis Balmer volviendo a conectar el tornavoz.

Del aparato receptor de radio salió una llamada clara y vigorosa:

- ¡Atención "Esperanza"! ¡Atención cohete sideral "Esperanza"! ¡Llama Bagoah, estación interplanetaria de Kar! ¿Nos oyen ustedes, "Esperanza"? ¡Cambio!

- ¡Pronto, contesta! -apremió Miguel Angel dando un empujón a su cuñado-. ¡Son nuestros amigos los bagoahbitas!

- ¡Hola, Baogah, estación de Kar! -gritó José Luis ante el micrófono-. ¡"Esperanza" al habla. Estamos a la escucha! ¡Cambio!

La radio quedó silenciosa mientras las ondas eléctricas volaban a través del éter hasta el distante planeta Bagoah. El silencio era tan absoluto en la cámara de derrota que pudo escucharse el llanto de un niño en el piso bajo. Finalmente, al cabo de un tiempo que pareció inmensamente largo, llegó hasta el aparato receptor de radio la respuesta de los bagoahbitas:

- ¡Atención, "Esperanza"! ¡Bagoah al habla por la estación interplanetaria de Kar! Hemos interceptado vuestra conversación con Noreh y nos apresuramos a avisaros. ¡No vayáis a Noreh, hijos de la Tierra! La princesa Ámbar regresó allá y restableció hace meses el antiguo Imperio de Nahum. Los imperialistas de Noreh se apoderaron de la Policía Sideral y nos han abandonado a nuestra suerte frente a la Bestia Gris. ¡Aterrizad en Bagoah, terrestres! ¡Si lo hacéis en Noreh es casi seguro que seréis exterminados! ¿Han entendido? ¡Repetimos!

El lejano locutor bagoahbita repitió su mensaje mientras los hijos de la Tierra permanecían erguidos y silenciosos. José Luis Balmer volvióse hacia su cuñado.

- ¿Qué contesto?

El locutor bagoahbita terminaba en aquél instante su mensaje. Miguel Ángel Aznar, pálido y con los ojos brillantes, miró al almirante don Rodrigo Aznar.

- Si el imperio de Nahum ha resucitado -dijo el almirante- será mejor que pongamos proa a Bagoah.

- Sí -murmuró el joven. E hizo una seña a su cuñado.

Mientras José Luis hablaba por el micrófono, Miguel Ángel pensaba

en su esposa.

Ámbar, Princesa de Nahum, era hija del extinto Emperador Tass, "Señor de los Cielos y los Planetas". El Gran Tass dejó otros muchos hijos al morir dramáticamente en los subterráneos de Kindal, su capital imperial. Pero al cabo de casi un siglo, la Princesa Ámbar era probablemente el único miembro superviviente de la dinastía de los emperadores de Nahum.

El regreso de la Princesa Ámbar a Noreh debió revestir el carácter de una nueva resurrección. Cuando ya las glorias del viejo Imperio empezaban a ser un recuerdo evocador de nostalgias en las nuevas generaciones que no llegaron a conocerlo, la hija del Gran Tass reaparecía en la patria de sus antepasados, joven, hermosa, llena de ambición y dienta de revancha.

Los que fueron grandes nunca se resignaban a ser pequeños. La Princesa Ambar debió encontrar a su regreso a la patria un clima favorable a sus aspiraciones. Noreh, cicatrizadas sus heridas de la cruenta guerra sostenida contra los terrestres acaudillados por Miguel Angel Aznar y en pleno resurgir económico, estaría en condiciones de empezar a aspirar a la reivindicación de sus grandezas. Con su potencia económica y su desarrollo industrial, a la cabeza del progreso de Nahum, Noreh se erigió en cerebro del moderno Imperio sin grandes dificultades…

Esto era lo que Miguel Ángel Aznar adivinaba tras las breves indicaciones del operador de radio bagoahbita. Y ai imaginar a su esposa en el áureo trono de los emperadores de Nahum sentía un profundo y agudo dolor en el pecho. Nada había cambiado. El sacrificio de sangre del pueblo terrícola fue estéril. Y ahora no estaba "Valera" allí para defender y apoyar la causa de los pueblos sojuzgados.

La Bestia Gris humillaría tal vez el orgullo de la Princesa Ámbar reduciendo a escombros su flamante Imperio, pero Miguel Ángel no podía alegrarse de ello. Porque si algo existía en el Orbe peor que el Imperio de Nahum era el imperio de los Thorbod.

José Luis Balmer acababa de ponerse de acuerdo con los bagoahbitas acerca del punto donde deberían aterrizar. El profesor Valera se situó ante el periscopio para buscar al planeta Bagoah en las profundidades del espacio. El rumbo fue ligeramente alterado para alejarse de la flota thorbod y del planeta Noreh.

Al transcurrir el plazo de espera, la estación interestelar de Kindal radió su prometida respuesta. Los terrícolas podían aterrizar en Noreh. Una flotilla de destructores siderales saldría a su encuentro para verificar la identidad de los viajeros y darles escolta hasta el aeropuerto interplanetario de Kindal.

- No contestes a ese radio -ordenó Miguel Ángel a su cuñado dando

vuelta al botón de la emisora.

José Luis asintió y la estación interestelar de Kindal se desgañitó lanzando al éter llamadas que no obtenían respuesta. La aeronave siguió su raudo vuelo dejando a la derecha a la flota sideral thorbod. Esta se componía de unos dos mil gigantescos auto-planetas de forma muy extraña. Eran a modo de enormísimas pirámides hexagonales cuya altura no tendría menos de 30 kilómetros y cuyas bases mostraban una superficie ligeramente curva.

- ¿Quiere venir a echar una mirada, señor Aznar? - invitó el profesor Valera.

Miguel Ángel fue a mirar por el periscopio y observó intrigado aquellas fenomenales pirámides.

- No lo comprendo -murmuró luego mientras el almirante Aznar le sustituía ante el periscopio-. Esas pirámides no pueden haber salido del autoplaneta de los thorbod. Son demasiado enormes.

- No han salido de "Bolina", sino que formaban parte integrante del autoplaneta thorbod.

- ¿Qué quiere decir?

- Es muy sencillo. La esfera puede suponerse dividida en un infinito número de pirámides ¿no es cierto? Pues este fue el sistema que emplearon los thorbod para construir un planetillo artificial de sesenta kilómetros de diámetro. En vez de fabricar una enormísima esfera de una sola pieza, lo cual siempre nos ha parecido empresa irrealizable, los hombres grises construyeron varios millares de estas pirámides hexagonales. Al reuniríás por los vértices forman un mosaico perfecto con las bases, las cuales constituyen la superficie del planeta "Bolina", para la defensa, y también mientras navegan por el espacio, los thorbod mantienen sus pirámides en compacto bloque. En un momento dado pueden deshacer esta unión. Entonces, cada sección de la esfera queda convertida en una astronave capaz de operar con plena autonomía.

- ¡Vaya, no está mal! -murmuro el vícealmitante Jorge Aznar-. El sistema es ingenioso.

- ¡Bahl -sopló el coronel Tortajada despectivamente-. ¿Y qué es un autoplaneta de sesenta kilómetros de diámetro al lado de nuestro gigantesco autoplaneta "Valera"? Los thorbod tendrían que superar varios millares de veces su obra para igualar a la que la Naturaleza nos regaló espléndidamente.

- Hace usted mal en desdeñar la importancia del autoplaneta thorbod, coronel -advirtió Ferrer. Tenga presente que nosotros jamás podremos poseer un segundo "Valera" mientras que los hombres grises ya han construido un Bolina" y pueden construir muchos millares más.

Entre esta y otras discusiones, el tiempo fue transcurriendo y la aeronave devorando la distancia que le separaba de Bagoah. Este

planeta fue aumentando de tamaño según la aeronave se aproximaba a él. A través del telescopio electrónico de a bordo eran ya visibles los contornos de sus continentes.

Horas más tarde eran visibles también las afiladas moles de una docena de autoplanetas thorbod, de aquellos que adoptaban la forma de pirámides hexagonales, que permanecían inmóviles en el espacio, suspendidos por encima de la ionosfera y con sus vértices apuntando hacia la superficie de Bagoah. Densos enjambres de platillos volantes iban y venían de Bagoah a los autoplanetas. Se trataba sin duda de escuadrillas de ataque que apoyaban a las legiones de hombres verdes y a las divisiones blindadas desde el aire.

Siguiendo las instrucciones recibidas por radio, el cohete sideral de los terrícolas voló en rededor de Bagoah buscando el continente donde se encontraba la ciudad de Kar, capital de la república federal.

Grandes nubes radioactivas en forma de hongo se levantaban aquí y allá sobre la torturada superficie del planeta. Las escuadrillas de platillos volantes picaban desde la ionosfera sobre los objetivos situados en tierra. Por encima de las altas capas de la estratosfera estallaban los proyectiles robot "suelo a aire" de las baterías antiaéreas bagoahbitas. La superficie del planeta desaparecía bajo densas nubes de humo y polvo.

Al llegar el cohete sideral sobre Kar y prepararse para la toma de tierra, las baterías antiaéreas bogoahbitas dejaron de disparar. Sus torpedos robot, controlados por un cerebro electrónico, hubieran destruido la aeronave en el aire sin esta precaución. Porque la inteligencia de los torpedos robot sabía distinguir a los navíos propios de los enemigos, pero no eran capaces de comprender que una aeronave enemiga fuera tripulada por gentes amigas.

En la breve pausa, el cohete sideral descendió vertiginosamente sobre la capital federal. Luego guiada por el radar, se deslizó por encima de la ciudad subterránea hasta la base aérea cercana.

En el centro de una gigantesca pista de dedona, se abrió un colosal agujero, el cual se tragó vorazmente al cohete volviéndose a cerrar inmediatamente. Miguel Ángel y sus compañeros estaban ya entre amigos, en los profundos subterráneos de la ciudad enterrada de Kar.

CAPITULO TERCERO

EL NUEVO IMPERIO DE NAHUM

Al abrirse las escotillas por primera vez al cabo de año, los tripulantes del cohete sideral saltaron bulliciosamente a tierra y se desparramaron por la grandiosa gruta artificial gritando y dando brincos de alegría en dirección al personal bagoahbita de la base.

Sin llegar a los extremos de entusiasmo de sus compañeros de odisea, también Miguel Angel Aznar sentíase contento al saltar de la aeronave llevando del brazo a su madre y rodeado de su familia y sus más eficaces colaboradores.

Casi lo primero que vieron los ojos de Miguel Ángel al saltar a tierra fue una comisión vistosamente engalanada que aguardaba a cierta distancia junto a un grupo de automóviles eléctricos. Después vio cierto número de cruceros y destructores siderales de modelo idéntico a las unidades de su mismo tipo de la Armada Sideral Terrícola, los cuales estaban cuidadosamente alineados en las profundidades del gigantesco hangar.

- ¡Qué espectáculo tan maravilloso! -exclamó José Luis Balmer señalando a los buques de guerra-. Al menos ahora tenemos la seguridad de poder regresar a la Tierra… si estos buenos amigos quieren cedernos un par de esos cruceros siderales, naturalmente.

Un grupo de altos jefes del Ejército y la Armada de los Estados Unidos de Bagoah, entre los que se veían algunas autoridades civiles emperifolladas con bandas y fajines con los colores nacionales, se abría paso entre los excitados terrícolas repartiendo a todos sonrisas y fuertes apretones de mano.

Las facciones correctas y nobles de Miguel Angel Aznar, al cual habían visto aquellos personajes en muchas películas retrospectivas de los tiempos en que bagoahbitas y terrestres eran aliados contra el Imperio de Nahum, debían ser familiares a los miembros de la comitiva oficial, por cuanto se dirigieron en derechura hacia el joven caudillo.

Un anciano seco, erguido y de altivo porte cuyo pecho estaba cubierto de condecoraciones, avanzó sonriendo hacia Miguel Ángel.

- Bienvenidos seáis a Bagoah, Miguel Ángel -dijo con voz emocionada. Y sin ver la mano del terrícola le estrechó entre sus brazos.

- Perdonad si no atino a adivinar… -empezó a decir el joven, contagiado de la emoción que irradiaba el noble rostro del anciano.

- Mi nombre es Cloris Ambeshad y soy el presidente de los Estados Unidos, querido amigo. Tal vez recuerdes a Cloris, y su esposa la Princesa Ondina.

- ¡El Duque Cloris! -exclamó Miguel Ángel roncamente-, ¡La bella y muy querida princesa Ondina! ¡Vaya si la recuerdo, señor Presidente!

- Llámame Cloris, Miguel Ángel. Entre nosotros sobran las formalidades. Y preséntame a estas señoras. Son tu noble madre y hermana, si no soy mal fisonomista.

- No lo es usted, querido Presidente -sonrió doña Mercedes de Aznar, que con su avanzada edad no representaba más de treinta años.

Miguel Ángel presentó a sus compañeros y el Presidente Cloris hizo

lo mismo presentando uno por uno a los miembros de su séquito. Estos contemplaban a los extranjeros con una mirada de simpatía que no estaba exenta de irreprimible curiosidad.

No era cosa frecuente ver aparecer redivivos a unos seres legendarios que habían pasado por la Historia del país nada menos que un siglo atrás. La Ciencia había anticipado, y la experiencia lo demostró después, que el hombre vivía con fantástica lentitud cuando se desplazaba en el espacio a velocidades que se aproximaban a las de la luz.

Aquellos personajes que contemplaban a Miguel Angel casi con adoración, sabían que el regreso de este no tenía nada de sobrenatural. Pero aun así no podían dejar de maravillarse. Miguel Angel Aznar, el intrépido caudillo de los terrícolas, el héroe cuyas hazañas agigantaban mil novelas y cien films de acción, aparecía inesperadamente entre ellos devuelto por la inmensidad cósmica que se lo había tragado. Y venía tal y como se fue, sin una cana en sus negros cabellos ni una arruga más en su hermoso rostro, mientras que en Bagoah se habían sucedido varias generaciones desde que él marchó y apenas quedaban algunos que fueron sus amigos.

Hecho el intercambio de presentaciones y saludos, los terrestres que acompañaban a Miguel Angel fueron acompañados hasta los automóviles que les aguardaban.

Miguel Ángel ocupó el mismo coche que el Presidente Ambeshad. Este se mostraba naturalmente curioso por conocer las circunstancias que devolvían a Miguel Ángel a Bagoah, y el joven le refirió sus aventuras.

Le contó cómo, al llegar "Valera" a la vista de los planetas que antaño fueron la patria de la Bestia Gris, el clan de la familia Balmer se amotinó contra la tribu rival de los Aznar que ejercían la suprema autoridad a bordo de la astronave.

Los Balmer triunfaron y condenaron al destierro a todos cuantos llevaban el apellido Aznar. Los Aznares fueron desembarcados y abandonados a sus propios medios en los planetas thorbod y "Valera" continuó su vuelo hacia la Tierra.

Los Aznares, creyéndose en un mundo deshabitado, comenzaron a talar la selva, a levantar casas y a cultivar los campos. Pero la Bestia Gris estaba en el planeta que los terrestres bautizaron con el nombre de Exilo. Miguel Ángel tuvo la primera noticia de ello cuando echó a faltar en el cielo de Exilo a uno de los pequeños satélites que siempre había creído auténtico. Supuso que se trataba de un autoplaneta thorbod y acertó. Pocas horas después de la desaparición de "Bolina" (que así se llamaba el planetillo artificial), los thorbod aniquilaron la colonia terrestre con una bomba atómica.

Miguel Ángel, que presenció la explosión desde las montañas a

donde había ido en busca de mineral de hierro, dio por muertos a todos sus familiares y compañeros de exilio. Los hombres grises debían conocer su paradero por cuanto enviaron un platillo volante en su busca. Pero Miguel Ángel y los que le acompañaban, en un afortunado golpe de audacia, consiguieron apoderarse de aquel platillo volante después de dar muerte a toda la tripulación thorbod.

- Volamos hasta nuestra colonia, la vimos destruida y concebimos el propósito de volar hasta Nahum en demanda de una aeronave que pudiera servirnos para llegar a la Tierra y dar aviso de la resurrección de la Bestia Gris -añadió Miguel Ángel-. Pero entonces descubrimos que al menos cinco mil de nuestros compañeros se habían salvado. Como no era posible llevar tanta gente en un solo platillo volante, envié la máquina con una tripulación de cuatro hombres a Nahum para que llevara a cabo la misión que tenía pensada.

- Pues aquí no llegó ese platillo volante -dijo el Presidente.

- Tal vez aterrizara en alguno de los otros planetas.

- De haberlo hecho tendría noticias de ello… a menos que fuera a tomar tierra en Noreh, en donde la Princesa Ámbar ya estaba de regreso. Sólo los norehanos serían capaces de retener a la tripulación del platillo silenciando la noticia de que tú y tu tribu habíais sido abandonados en los planetas thorbod.

- Es posible -murmuró Miguel Ángel pensativamente-. Por fortuna pudimos apoderarnos de esta aeronave thorbod en un asalto contra una de las bases aéreas de los hombres grises y hemos conseguido llegar aquí. Confiamos en vuestra generosidad para conseguir naves siderales de gran tonelaje que nos permitan volar hasta la Tierra y dar cuenta allá de lo que aquí ocurre.

- No marcharéis solos -aseguró el Presidente con amargura-. Estamos llegando al límite de nuestra capacidad de resistencia. Bagoah está prácticamente en manos de la Bestia Gris. ¿Sabéis que nos han invadido con legiones de unas extrañas criaturas vegetales?

- Sí. Tuvimos ocasión de conocer a los hombres-planta en Exilo.

El Presidente Ambeshad movió la cabeza con pesimismo.

- Sin fuerzas aéreas, con nuestro modesto ejército aniquilado y las tres cuartas partes del planeta en poder del invasor, la hora del hundimiento definitivo se aproxima. Somos de hecho un pueblo vencido, sin la menor esperanza de salvación. Pero luchamos todavía y seguiremos luchando hasta el último aliento, disputando cada palmo de terreno, cada ciudad y cada reducto al enemigo. Bagoab está irremisiblemente perdido, lo sabemos. Cuando llegue el momento, las escasas aeronaves que nos quedan embarcarán a los niños bagoahbitas y tratarán de escapar. Por eso te digo que no emprenderéis solos la ruta de la Tierra. Vuestra llegada es providencial. Los supervivientes de nuestra raza no sabrían donde ir. Pero tú estarás con ellos en la

amarga hora que tengan que abandonar su patria. La nación bagoahbita te confiará a esos millares de niños seguro de que les conducirás sanos y salvos hasta tu maravillosa patria.

- Puedes estar seguro de que lo haré si llega la hora.

- Llegará.

- ¿Es realmente tan desesperada vuestra situación?

El Presidente no contestó. El automóvil que les llevaba acababa de abandonar la autopista subterránea y rodaba por las amplias calles de la capital enterrada.

Los bagoahbitas, enterados de la llegada del héroe terrícola, se aglomeraron en las aceras, las ventanas y los portales aplaudiendo al paso de la comitiva. Calles y balcones habían sido engalanados con banderas nacionales y de la Federación de los Planetas Terrícolas. Se respiraba el ambiente de un día de fiesta, pero había algo sutil e indefinido en todo aquello que hacía encoger el corazón del agasajado. Los vítores de los bagoahbitas tenían un acento extraño, que los hacía distintos a las manifestaciones populares de otros tiempos.

Fijándose en los rostros que desfilaban ante la ventanilla del automóvil presidencial, Miguel Ángel veía ojos febriles y caras macilentas, ropas anchas y multitud de uniformes militares.

- Las instalaciones municipales de Kar son insuficientes para fabricar todos los alimentos que necesita la ciudad -dijo el Presidente Ambeshad-. Los almacenes estaban repletos de provisiones cuando empezó la invasión, pero las hemos reservado para los niños que pensamos evacuar en cuanto sea posible. La población de Kar se ha cuadruplicado con la incesante llegada de refugiados y las dificultades se multiplican cada día. Sin embargo, no será por el hambre por lo que nos derroten los thorbod, sino por su aplastante superioridad en tierra y aire. ¡Si esos malditos nahumitas no nos hubieran robado nuestra Flota!… Bueno; el resultado tal vez hubiera sido el mismo, pero la Bestia hubiera tenido que pagar a muy alto precio la conquista de este planeta.

Miguel Ángel deseaba preguntar cómo los nahumitas pudieron arrebatarles la Flota a los bagohabitas, pero en este momento llegaban al Palacio Residencial del Presidente y el automóvil se detenía entre los clamores de la multitud que llenaba la plaza.

Fuerzas de la policía formaban un doble cordón hasta la puerta del palacio. Los terrícolas entraron en el edificio mientras el público aplaudía. Miguel Ángel y el Presidente de los Estados Unidos de Bagoah se asomaron balcón para corresponder a los saludos de los bagoahbitas y luego se retiraron. Los altos jefes del Ejército y la Armada se despidieron. Su presencia era irreemplazable en los altos estados mayores que presidían. La nación estaba en guerra y,

sintiéndolo mucho, no podían dedicar al Almirante Mayor de las Fuerzas Expedicionarias Terrícolas todo el tiempo que quisieran.

Como para corroborar las palabras de los militares, tremendas explosiones atómicas que estallaban sobre las defensas exteriores de la ciudad conmovían hasta los cimientos de los sólidos edificios soterrados. Los huéspedes del Presidente, que pese a estar hambrientos sentían más apremiante la necesidad de cambiar de ropa después de zambullirse en una bañera, se retiraron a sus lujosas habitaciones. Cinco días llevaban transcurridos desde que Miguel Ángel Aznar llegara a la capital federal de los Estados Unidos de Bagoah. Los terrestres, apenas repuestos de las penalidades de su odisea y después de haber abandonado sus harapos, constituían la nota discordante en una capital donde 15 millones de bagoahbitas se aprestaban a morir luchando en una resonante y dramática escena final.

Los terrestres, seguros ya de que se les facilitarían astronaves para su regreso a la patria, disfrutaban de una felicidad inconsciente y egoísta, considerando que su estancia en Kar era solamente transitoria y no estarían presentes en las terribles horas de la matanza que cerraría el más siniestro capítulo de la Historia de Bagoah.

La Bestia Gris, pensando sin duda que la campaña estaba prácticamente concluida y sólo era cuestión de tiempo el derrumbamiento de los Estados Unidos de Bagoah, habían retirado la mayor parte de sus fuerzas aéreas para lanzarlas contra el Imperio de Nahum. La Armada Imperial nahumita era en realidad la única fuerza de consideración que todavía se oponía a la Bestia Gris.

Al zarpar rumbo a la Tierra Miguel Ángel Aznar dejó en Nahum una Policía Sideral integrada por las flotas conjuntas de Bagoah, Noreh, Ursus, Ibajay y Nauján con buques de combate que antaño pertenecieran a la poderosa Armada Imperial de Nahum. Esta flota tenía por misión impedir las guerras entre los planetas garantizando el exacto cumplimiento del Armisticio de Kindal, en el que los cinco planetas firmantes del tratado se comprometían a no rebasar el límite de construcciones astronáuticas fijado en el acuerdo.

Al terminar la guerra y marcharse el Ejército Expedicionario Terrícola, los cinco planetas habitados por el hombre (habían otros seis donde las condiciones de vida eran muy duras para la criatura humana) se encontraban sobre poco más o menos en iguales condiciones de pobreza. Los imperialistas de Noreh, llevaban largos siglos explotando los planetas-colonia sin hacer nada para mejorar las condiciones de vida fuera de su metrópoli.

Los norehanos vivían en su planeta al estilo de grandes señores explotando en los planetas vecinos grandes posesiones territoriales. De Bagoah, Nauján, Ursus e Ibajay importaban todos los artículos alimenticios, los ricos minerales para su industria y las muchedumbres

de esclavos que trabajaban en sus fábricas, construían sus palacios, cuidaban sus jardines, realizaban los trabajos domésticos y les divertían en el Circo.

Cuatro planetas estaban a su servicio con sus muchedumbres hambrientas. Toda la industria estaba enclavada en Noreh. El imperio de Nahum apoyaba su fuerza en la poderosa Armada Sideral, la cual patrullaba el espacio y ejercía su severa vigilancia en torno los planetas-colonia corriendo a ahogar en sangre los frecuentes conatos de rebelión.

Al ser derrotados por los terrestres los norehanos perdieron todo cuanto había constituido su orgullo. Tras la vergüenza de la derrota y la muerte del Emperador, vino el desmembramiento del Imperio. Los terrícolas se apoderaron de lo que quedaba de la Imperial Flota y lo repartieron entre los planetas vasallos. Todos los esclavos fueron liberados y devueltos a sus mundos de origen. Las fábricas de armamentos fueron destruidas, desmanteladas y llevadas en piezas a los otros planetas las fábricas de múltiples artículos de primera necesidad y saqueados sus archivos de procedimientos industriales.

Noreh quedó reducido a la condición de una pálida sombra de lo que fue. Los orgullosos señores de la nobleza, los humillados oficiales de la Armada Sideral, tuvieron que rechinar los dientes y dedicarse a trabajos que hasta entonces se consideraron denigrantes…

Pero los terrícolas se equivocaron si llegaron a creer que esta lección sería aprendida por los norehanos. El trabajo que encalleció las manos señoriales no despertó ni un solo sentimiento noble en aquellos corazones endurecidos por el egoísmo. El autoplaneta "Valera" zarpó en dirección a la Tierra llevándose al victorioso Ejército Expedicionario Terrícola y los imperialistas empezaron allí mismo a soñar con la vuelta a sus buenos tiempos.

Aun sin Armada, sin esclavos, sin industria y sin máquinas, los norehanos estaban a la vanguardia del progreso, Trabajaban con ahínco en la rehabilitación de sus fábricas. La tarea de suplir con máquinas a la muchedumbre de esclavos que antes les servían les llevó mucho tiempo, mas así y todo vencieron a los demás planetas en la desesperada carrera hacia la industrialización del país.

Bagoah, que también contaba con una nutrida generación de sabios, hizo un esfuerzo sobrehumano para mejorar las condiciones de vida de su pueblo, el cual pasó casi de golpe desde la oscuridad de las edades prehistóricas a los adelantos científicos de la Era Trasatómíca. lbajay también tenía algunos científicos y ocupaba el tercer lugar en orden de planetas más modernizados. Ursus y Naufán iban muy rezagados en la rehabilitación de sus recursos económicos.

Noreh denunció el Tratado de Kindal retirando sus fuerzas de la Policía Sideral y asegurando que construiría cuantas aeronaves

quisiera. Los restantes miembros de la Policía Sideral consideraron cuidadosamente si deberían llevar la guerra a Noreh obligando a este planeta a suspender la construcción de armamentos.

Fue entonces cuando los planetas miembros de la Policía Sideral se dieron cuenta de que, absortos en la gigantesca tarea de modernizar sus naciones, habían descuidado su vigilancia no viendo de los norehanos otra cosa que la rápida rehabilitación de sus ciudades y sus industrias pacíficas.

Los antiguos esclavos del Imperio sintieron que el terror se apoderaba de sus carnes. Abandonando la fabricación de productos de una industria dedicada a la paz y al progreso, se lanzaron a transformar sus instalaciones habilitándolas para la construcción de armamentos. Sabían que los norehanos les llevaban una considerable ventaja, pero les animaba la esperanza de alcanzar a éstos uniendo los esfuerzos de los cuatro planetas celosos de su libertad.

Noreh llegó con mucha anticipación a la meta. De hecho estaba ya en condiciones de emprender la conquista de la galaxia cuando bagoahbitas e ibajais empezaban a fabricar buques de combate. Pero para pasar de república a imperio, Noreh necesita un emperador. Y ocurrió que, habiéndose llevado los terrícolas a los príncipes de la dinastía del Gran Tass, empezaron a surgir en Noreh individúos que aseguraban poseer derechos al áureo trono del "Señor de los Cielos y los Planetas".

Durante medio siglo, las luchas intestinas sacudieron a Noreh retrasando el momento de rehabilitar el Imperio. Apenas surgía un Emperador era asesinado y sustituido por otro. Bagoah, Ursus, Ibajay y Nauján pudieron reunir una fuerza sideral de importancia y concluir las defensas de sus ciudades.

Inesperadamente, la Princesa Ámbar regresó a Noreh después de haber abandonado al autoplaneta "Valera" y a su esposo, Miguel Ángel Aznar. La llegada de la hija del Gran Tass fue interpretada por los norehanos como un prodigio sobrenatural. La prolongada lucha por el cetro del Emperador cesó. Ámbar fue proclamada Emperatriz de Nahum, "Señora de los Cielos y los Planetas", y la Armada Imperial puso en orden sus revueltas filas para emprender la conquista de las antiguas colonias.

Fue entonces cuando la Bestia Gris apareció surgiendo inopinadamente de las insondables profundidades del espacio. No con un solo autoplaneta, como Miguel Ángel le viera salir de Exilo, sino con una docena de estas extrañas astronaves.

El terror cundió en la galaxia nahumita, no ya sólo entre los mismos ambiciosos imperialistas. Mientras los hombres grises realizaban las exploraciones previas de rigor, sondeando la capacidad defensiva de cada planeta, la Princesa Ámbar, ahora Emperatriz de Nahum, solicitó

una entrevista con los jefes de Estado de los cuatro planetas vecinos.

La conferencia tuvo lugar en Kar, la capital de los Estados Unidos de Bagoah, dignándose la orgullosa Emperatriz salir de su metrópoli para ir a entrevistarse con aquellos que consideraba sus vasallos en rebeldía.

La Emperatriz propuso a sus vecinos una alianza para combatir a la Bestia. "Sean cuales sean nuestras diferencias personales -dijo Ámbar a sus vecinos- hemos de relegarlas al olvido frente a la Bestia Gris. Separados en fracciones nos arrollarán y todos seremos igualmente esclavizados. Unidos aumentan nuestras probabilidades de victoria".

Los aliados reconocieron la necesidad de una colaboración con los norehanos. Además, la embajada de la Emperatriz a Bagoah, las palabras y la simpatía personal de ésta, unido a la circunstancia de ser la esposa de Miguel Ángel Aznar, inclinaron a los aliados a confiar en un mejor entendimiento para cuando la Bestia fuera derrotada.

- ¿Cómo íbamos a sospechar -dijo el Presidente Ambeshad a Miguel Ángel al referirle esta historia- que la traición se escondía tras las palabras prometedoras y sensatas de su esposa? Era absurdo esperar que los norehanos aspiraran todavía a rehacer su Imperio, en las críticas circunstancias por que atravesaba la galaxia. Y sin embargo, habían concebido la locura de derrotarnos sirviéndose de la Bestia Gris como instrumento.

El primer ataque de los thorbod fue dirigido contra el planeta Nauján. La Armada Thorbod barrió del espacio a la fuerza sideral que defendía el reino y empezó a desembarcar sus temibles legiones de hombres-planta. La flota aliada, de la que ahora formaba también parte la Imperial Flota de Nahum, se aprestó a acudir en auxilio de Nauján.

- Casi toda la experiencia astronáutica la tenían los norehanos dijo el Presidente de Bagoah a Miguel Angel- y habíamos nombrado almirante de la flota combinada a un almirante norehano. En aquellas horas trágicas, entre el aturdimiento de los preparativos y la sorpresa de ver al enemigo hollando el suelo de uno de nuestros planetas, nadie sospechó una traición cuando el Almirante Mayor dio orden de reunirse con la Imperial Flota de Nahum en las inmediaciones de Noreh.

Bagoah, como Ursus e Ibajay, se reservó una pequeña guarnición de buques de combate y envió el resto a reunirse con la Imperial Flota de Nahum. Pero los norehanos, como habían hecho los Balmer durante el motín de "Valera", habían descubierto la forma de neutralizar el sistema de control remoto de las aeronaves.

Una poderosa emisora transitora situada en Noreh empezó a emitir en la misma longitud de onda de las emisoras transitoras de los buques almirantes aliados y ordenó por radio a los pilotos robot que

abrieran todas las compuertas de sus naves. Pilladas completamente de sorpresa, las tripulaciones de los navíos siderales aliados perecieron instantáneamente al escapar el oxígeno al vacío interestelar.

- Toda nuestra Armada Sideral, la de Ursus, la de Ibajay y parte de la de Nauján cayó automáticamente en poder de los norehanos -dijo el Presidente Ambeshad crispando los puños con rabia-. Mientras las legiones verdes de los thorbod continuaban invadiendo Nauján, los nahumitas sustituían nuestras tripulaciones con tripulaciones norehanas, intervenían los dispositivos de control remoto y conducían la Flota Sideral Aliada a su planeta.

CAPITULO CUARTO

MILAGRO

La hazaña de los nahumitas, sacrificando cuatro planetas con millones de seres para salvar su propia piel y tal vez restaurar su odioso imperio, despertó en el corazón de Miguel Ángel Aznar un avasallador sentimiento de rabia.

El Imperio de Nahum, con su Flota Sideral intacta y las flotas combinadas de sus chasqueados aliados, estaba en óptimas condiciones para defenderse y aun castigar duramente a la Flota Thorbod.

Con su jugarreta, los nahumitas habían dado vuelta a la tortilla. Ya no era Nahum quien se encontraba en inferioridad de condiciones al tener que defender cinco planetas de los ataques de la Bestia Gris, sino que la Bestia Gris, al invadir los planetas Bagoah, Ursus, Nauján e Ibajay, se veía obligada a dispersar sus fuerzas debilitándose ante las fuerzas concentradas del Imperio de Nahum.

Esto, en buena táctica militar, era una operación limpia que hacía honor a la perspicacia de quien la concibió. Pero en todos sus demás aspectos, la táctica del Imperio de Nahum no encontraba bastantes calificativos para ser comentada. Miguel Ángel apretaba los puños y rugía:

- ¡Malvados... perros... asesinos! |Y pensar que os tuve en mis manos... que pude arrasar vuestro planeta y aniquilar vuestra maldita raza... que pude hundiros para siempre y me contuve por todos esos mismos sentimientos humanitarios que vosotros atropelláis! ¿Por qué no me dejaría arrastras por la cólera aquel día? ¿Cuándo habéis merecido que nadie os tenga compasión?

Y después con desesperación, continuaba:

- ¡Si yo pudiera...! ¡Si mi autoplaneta "Valera" estuviera aquí conmigo, o Dios me concediera los medios para hacer justicia...! ¡Esta vez os aplastaría como a una víbora inmunda! Pero no puedo hacer

nada… ¡Nada!

La convicción de su impotencia era para Miguel Ángel más aniquiladora que su furia contra el Imperio de Nahum. También sus compañeros de odisea daban muestras de irritación contra sí mismos, lamentando amargamente la magnífica ocasión perdida de pulverizar y aniquilar al Imperio de Nahum.

Pero se consolaban y resignaban. Al fin, humanos, pensaban que nada podían hacer por mejorar la suerte de sus amigos, y volvían sus ojos hacia los grandes autoplanetas bagoahbitas que se estaban equipando para facilitarles la fuga de este infierno y llevarles al planeta Tierra.

Miguel Ángel envidiaba el fácil conformismo de los suyos pero no podía imitarles. Sentíase inculpado en la tragedia nacional de los bagoahbitas. Los viejos almirantes y generales del Ejército Expedicionario Terrícola, al fin y al cabo, estaban sobrados de razón al asegurar que Miguel Ángel Aznar era demasiado joven e inexperto para ostentar el mando de sus fuerzas armadas.

Porque si el planeta Noreh no fue condenado a la destrucción total fue debido casi exclusivamente a la personal intervención de Miguel Ángel, entonces Almirante Mayor del Ejército Expedicionario. Al enamorarse de la Princesa Ámbar, Miguel Ángel sintióse atado a los nahumitas por los lazos del afecto. No podía interponer entre él y la Princesa un mar de sangre, y no tuvo que violentar ningún afán de revancha para mostrarse clemente con los vencidos.

Pero incluso sin condenar a los norehanos al exterminio, Miguel Ángel Aznar pudo hacer con ellos otras muchas cosas. Pudo desterrarles en grupos a los otros planetas de la galaxia, donde hubieran recibido un trato brutal. Pudo desintegrar el aire y los océanos de Noreh para que jamás pudiera volver a ser habitado. Pudo simplemente hacer inhóspito aquel planeta durante dos o tres siglos envenenado su atmósfera de radioactividad. Y pudo también dividir a Noreh en tajadas y repartir éstas entre los planetas liberados, condenando a la metrópoli del Imperio a ser colonia de las que fueron sus colonias y a sus habitantes a ser esclavos…

Pero Miguel Ángel Aznar, artífice de la victoria sobre el Imperio de Nahum y en la cúspide de su popularidad, se opuso a todo esto en nombre de los sentimientos humanitarios que dignificaban a la civilización terrestre.

Miguel Ángel se equivocó. Los norehanos necesitaban algo más que pan para sentirse satisfechos de la vida. Como la Bestia Gris, los norehanos codiciaban el poder por el simple gusto de ejercerlo.

Tal vez con algunos siglos de tiempo para desterrar de sus almas el arraigado atavismo guerrero hubieran llegado a ser pacíficos y laboriosos ciudadanos. Pero todavía recientes sus victorias, vivo aún el

recuerdo de las pasadas glorias, sabiéndose superiores a todos los demás habitantes de la galaxia, los norehanos no podían resignarse a quedar empequeñecidos por aquellos que fueron sus vasallos.

Miguel Ángel Aznar sentíase responsable del actual estado de cosas en el Reino de Nahum.

No podía desterrar de su mente la idea de que él mismo levantó los cimientos del actual Imperio al derribar al viejo, y se devanaba los sesos buscando una fórmula, un milagro… algo, en fin, con que poder corregir su grave error y librar a los planetas de Nahum de la doble amenaza de los norehanos y la Bestia.

Los días que sus compañeros dedicaban a reponer fuerzas y prepararse para la próxima salida hacia la Tierra, los pasó Miguel Ángel entrevistándose con los altos jefes de las fuerzas armadas bagoahbitas, conferenciando con los ministros y el Presidente Ambeshad y convenciéndose, en suma, de que la república estaba al límite de su capacidad de resistencia y perdido sin remisión el planeta.

Velaba por las noches entregado a una febril actividad mental, ideando estratagemas y barajando cifras de producción para llegar siempre al mismo resultado negativo. Bagoah no tenía salvación. Y con Bagoah, la galaxia entera estaba irremisiblemente perdida. La Bestia Gris acabaría derrotando también al Imperio de Nahum. Los thorbod eran pacientes hasta la exasperación. Si no arrollaban a los nahumitasde Noreb, completarían la ocupación de los restantes planetas de la galaxia, pondrían nuevamente en pie las fábricas de armamentos y se dedicarían a una intensiva producción que acabaría por ahogar al Imperio de Nahum. Este sucumbiría a la larga. La Bestia quedaría dueña de Nahum y del formidable ejército creado para la victoria. Entonces podría volverse contra la Tierra.

Agotados todos los recursos lícitos y, exhausto el manantial de posibilidades lógicas, Miguel Ángel volvió sus ojos hacia el reino de los imposibles, de los cuales formaban parte lo mismo las armas fantásticas que los cataclismos universales y los milagros de origen divino. Y fue entonces cuando se acordó del profesor Valdivia y de su absurda pretensión de trastornar las leyes moleculares reduciendo a tamaño de nueces máquinas de 10 metros de altura.

¿Qué se hizo de don Elíseo y de su bella hija Carmen?

Miguel Ángel Aznar no los había vuelto a ver ni oyó hablar de ellos desde que llegaran a la capital federal de los Estados Unidos.

Meditó en el invento del profesor Valdivia, exprimió sus posibilidades como si ya fuera una realidad y el resultado de este análisis llenó su corazón de esperanzas. Los científicos aseguraban que la idea era irrealizable, y que Valdivia era un loco. Pero el joven "superalmirante" no era un científico. No se exponía al ridículo dando fe a las promesas del profesor Valdivia y, de otro lado, ¿qué importaba

el ridículo en estas horas críticas?

Habiéndose acordado de don Eliseo Valdivia durante la noche, lo primero que hizo Miguel Ángel al levantarse fue preguntar por el sabio.

- ¿Don Eliseo? -murmuró el coronel Tortajada, todavía adormilado. Pues no sé por dónde anda. Hace días que no sé de él ni le veo por ahí.

- Vamos, levántese -gruñó Miguel Ángel tirando de las sábanas que cubrían a su ayudante de campo-. Tenemos que buscarle.

Tortajada se vistió y acompañó a Miguel Ángel hasta las habitaciones que ocupaban los científicos terrícolas en un edificio contiguo al Palacio Residencial. Se trataba de una especie de hotel para los diputados, gobernadores y otros personajes oficiales que venían a Kar en misiones propias de su cargo durante los tiempos de paz. En la actualidad estaba repleto de huéspedes del Gobierno, llegados fugitivos a la capital desde todos los puntos de! planeta.

- ¿El profesor Valdivia? -contestó la muchacha que estaba a cargo de la lista de alojados-. Sí, estuvo aquí con su hija el primer día. Pero luego abandonó el edificio.

- ¿No sabe a dónde fue?

- El profesor Patmos vino a buscarle. El señor Valdivia y su hija marcharon acompañados del profesor. Creo que iba a entrevistarse con el Presidente Ambeshad.

- ¿Por qué dice que lo cree?

- Me pareció oírselo decir al profesor Patmos. Además, no salieron a la calle por la puerta principal, sino, que utilizaron el corredor que lleva a la residencia del Presidente.

- Sí que es extraño -murmuró Miguel Ángel. Y haciendo seña a su ayudante, añadió: -Bien. Gracias de todos modos. Utilizaremos ese corredor para regresar a Palacio.

Nuevamente en el Palacio Residencial y faltando todavía una hora para aquella en que solía desayunar con el atareado Presidente, Miguel Ángel regresó a sus aposentos para afeitarse y cambiar de ropa. Poco después se sentaba ante la mesa del Presidente de los Estados Unidos y entretenía la espera leyendo el "digesto" o resumen preparado por el Alto Estado Mayor del Ejército.

Miguel Ángel Aznar se puso en pie al entrar el Presidente.

- Buenos días -saludó Ambeshad estrechando la mano del joven.

- Buenos días, Ambeshad. Me he permitido leer el "digesto" mientras esperaba.

- Sabes que puedes hacerlo -repuso el anciano sentándose y echando una rápida ojeada sobre el "digesto". Y moviendo la cabeza con pesimismo, murmuró: -Mal muy mal. Esto se acaba, Miguel Ángel. Sólo un milagro podría salvar a Bagoah. Creo que no debéis retrasar

por más tiempo vuestra partida. La actividad aérea no es mucha desde que la Flota Thorbod retiró sus fuerzas para llevarlas contra Noreh. Es el mejor momento para escapar. Cuando la Flota Thorbod regrese será para asestarnos el golpe final y ni un alfiler podría pasar entonces entre sus filas.

- Me repugna marcharme. Huir como un cobarde dejándoos solos frente a la Bestia.

- ¡Qué tontería!-protestó Ambeshad sonriendo-. Nada te obliga a permanecer en Bagoah. Te debes a los tuyos y debes partir con ellos. Además, ¿en qué puede cambiar la suerte de mi patria si tú te sacrificas por ella? Harás más por nosotros si huyes y regresas a la Tierra. Eres muy joven todavía y tu pueblo vive muchos años. Tal vez este planeta te vea regresar a Nahum para aplastar a la Bestia.

- Si me marcho, lo que todavía no es seguro, puedes creer que Miguel Angel Aznar, sus hijos o los hijos de sus hijos, volverán a Nahum para redimir la tierra donde se amasó la sangre y las cenizas de tantos héroes -prometió Miguel Angel con pupilas relampagueantes.

Empezaron a comer. En este instante se abrió la puerta y entró uno de los secretarios del Presidente.

- Excelencia -dijo-. El profesor Patmos, director del Centro de Esperimentación Atómica, solicita ser recibido.

- ¿Patmos? -murmuró el Presidente-. ¿Tan temprano? ¿Qué quiere?

- Dice que se trata de algo muy importante y que sólo puede comunicárselo personalmente a Su Excelencia. Le acompaña otro hombre… un científico terrícola creo, y una joven.

- ¡Es Valdivia! -exclamó Miguel Ángel. Ambeshad clavó sus agudas pupilas en el terrícola y luego despidió al secretario con un movimiento de cabeza.

- Les recibiré dentro de un minuto -aseguró. Ambeshad trató de proseguir desayunando. Pero Miguel Ángel creyó advertir que el distinguido anciano había perdido súbitamente el apetito. Las largas y marfileñas manos le temblaban.

- Estuve buscando al profesor Valdivia esta mañana -dijo el terrestre- y me dijeron que había sido recibido por el Presidente unos días atrás. ¿Es cierto eso?

- Sí. Patmos intercedió por él. Vino a hablarme de cierto invento del profesor Valdivia… un invento fantástico, a decir verdad. Tal vez lo conozcas.

- Lo conozco. Eliseo Valdivia me habló repetidas veces de su invento, pero no pude darle crédito.

- Tampoco yo -murmuró el Presidente-. Sin embargo, el hombre vuelve sus ojos al cielo y cree en la posibilidad de que un milagro le salve cuando ya nada puede salvarle. Valdivia me habló de sus ideas y

no le creí. Pero nada se perdía escuchándole y poniendo a su disposición los medios que solicitaba para realizar sus experimentos.

- ¿Quieres decir qué…?

- Sí. Ordené a Patmos que pusiera los laboratorios del Centro Experimental Atómico a disposición de Valdivia. Lo hice sin consultar a nadie, dejándome llevar por los impulsos de mi corazón. Yo no soy un científico, Miguel Ángel. Soy un pobre jefe de Estado que ve cómo su nación cae a pedazos y todavía tiene fe. Mi Gobierno se hubiera opuesto a los experimentos del profesor Valdivia, que necesariamente han de robar tiempo y días de trabajo al Centro Experimental Atómico apresurando, aunque sea horas, el derrumbamiento de nuestras fuerzas. ¿Pero qué importan unas horas de más o de menos cuando existe una esperanza de salvación, siquiera sea tan remota como esta de confiar en el éxito del profesor Valdivia? Eso, naturalmente no pueden comprenderlo todos.

- Yo te comprendo -aseguró Miguel Ángel emocionado-. También yo, a fuerza de buscar fórmulas que pudieran salvar a Nahum, he llegado a la desesperante conclusión de que sólo nos restaba confiar en Dios. Me he levantado esta mañana con el propósito de buscar al profesor Valdivia y traerle a tu presencia, como hizo el profesor Patmos…

La puerta del comedor se abrió en aquel instante dando paso a tres figuras que avanzaron impetuosamente en dirección a Ambeshad y Miguel Ángel.

- Su Excelencia sabrá disculparme -dijo un potente vozarrón-; pero no podíamos aguardar ni siquiera un segundo.

El que acababa de hablar era un bagohabita de cabellos entrecanos, alto, ancho y robusto como una torre. Junto a este personaje, el profesor Elíseo Valdivia parecía mucho más delgado y enclenque. Carmen Valdivia venía en pos de los dos hombres. Los tres estaban pálidos, con las pupilas brillantes de excitación. El corazón de Miguel Ángel dio un vuelco.

- ¡Lo conseguimos, Presidente! -exclamó el que debía ser profesor Patmos deteniéndose ante la mesa-. ¡El profesor Valdivia lo realizó!

Los ojos de Carmen Valdivia y Miguel Ángel Aznar se encontraron relampagueantes por encima de la mesa.

- Usted no creyó que pudieran trastornarse las leyes de la gravitación subatómica y comprimir la materia como si se tratara de una esponja, ¿verdad? -dijo Carmen Valdivia. Y metiendo la mano en una especie de caja de madera que llevaba colgada del hombro sacó algo que arrojó sobre la mesa, - ¡Pues vea eso, señor Aznar… y pruebe a reírse!

El objeto lanzado por Carmen Valdivia resbaló sobre la pulida superficie de la mesa de cristal, chocó contra un vaso con un "clin"

argentino y se detuvo mientras Miguel Ángel y el Presidente Ambeshad saltaban en pie sorprendidos.

El joven miró "aquello". Se trataba de una tarántula de color negro brillante con fuertes patas extendidas e inmóviles. Era una miniatura metálica de las mismas tarántulas "robot" que utilizaba el Ejército Autómata Terrícola y había copiado el Ejército Robot bagoahbita.

- ¡Cójala! -ordenó Valdivia volviendo a introducir la mano en su bolso de madera.

Miguel Ángel alargó su mano. Pero inesperadamente, la mesa de cristal se vino abajo con estrépito tal como si un puño gigantesco e invisible hubiera descargado un golpe sobre ella hundiendo el tablero y despidiendo las patas a distancia. Platos, cubiertos, teteras, vasos y jarrones rodaron por el suelo.

- ¿Qué significa esto?-exclamó el Presidente dando un salto atrás.

Un vivo resplandor se alzó entre los restos de la mesa. Se trataba de un resplandor verde-azulado, extrañamente mate, que fue hinchándose como un globo incandescente en mitad de un impresionante silencio. Miguel Ángel Aznar sintió el rostro abrasado por un fuerte calor y retrocedió lanzando una exclamación de sorpresa. En el breve espacio de cinco segundos surgieron de entre los chisporroteos del globo de fuego las familiares formas de una tarántula robot. Una fea y horrible máquina de seis metros de longitud cuyo negro lomo hizo bambolearla lámpara del techo y se puso en movimiento avanzando sus potentes patas.

La tarántula, surgida de entre los restos de la mesa, cruzó lentamente el comedor, embistió la pared haciendo pedazos los muebles, abrió un tremendo boquete con ruido fragoso y desapareció en la sala contigua envuelta en una nube de polvo.

- ¡Cielo santo! -gritó roncamente Miguel Ángel mirando hacia el gran agujero por donde acababa de desaparecer la máquina.

Escuchóse allá dentro el estrépito de otro tabique derribado, de muebles triturados y de gritos de terror.

- ¡Lo consiguieron! -gritó el Presidente Ambeshad dando un brinco prodigioso y asiendo el brazo del profesor Valdivia-. ¡Es verdad que puede reducir una tarántula robot al tamaño de una almendra y volverla luego a su tamaño primitivo!

- Usted lo ha visto -repuso Valdivia señalando en dirección al boquete en el tabique.

El Presidente de los Estados Unidos de Bagoah buscó refugio en una silla al sentir que las piernas le flojeaban. Su secretario irrumpió en el comedor saltando sobre los cascotes y muebles destrozados.

- ¡Excelencia… Excelencia! -gritó a voz en cuello agitando las manos con desesperación-. ¡Una tarántula robot está destrozando el Palacio!… ¡La Bestia Gris ha invadido la ciudad!. ¡Estamos perdidos!

- Calma, muchacho… calma -dijo el Presidente a pesar de tener su secretario tanta edad como él mismo-. No estamos perdidos, sino tal vez salvados. Esa tarántula robot es nuestra.

- ¡Nuestra! -exclamó el secretario estupefacto. ¡No es posible! ¿Cómo ha entrado?

- Esta señorita la llevaba en el bolsillo -dijo Miguel Ángel mirando a la muchacha y sonriendo.

- ¡Oh, cielos! -gimió el secretario-. ¡Hay una horrible máquina andando por Palacio y lo toman a risa!

Carmen Valdivia, en efecto, reía con histéricas carcajadas. Estaba llorando. Muy lejos escuchóse el fragor de los tabiques que la tarántula robot iba derribando a su paso.

- Detenga esa máquina, señorita Valdivia -dijo Miguel Ángel.

La muchacha introdujo la mano en su cartera y movió un botón. Por las puertas y el agujero de la pared del comedor iban entrando oficiales, soldados y secretarios, todos pálidos y agitados.

- ¡Vengan… vengan conmigo a mi despacho! -exclamó el Presidente tomando a Valdivia y el terrícola de los brazos y arrastrándoles consigo lejos de la curiosidad del personal de Palacio.

Al entrar en su despacho particular. Ambeshad echó el cerrojo y se volvió a mirar a Miguel Ángel.

- Di tú, Miguel Ángel -invitó-. Hemos visto al profesor Valdivia realizando lo que creíamos imposible. El hecho de poder reducir el tamaño de nuestras máquinas de guerra ¿significa algo realmente decisivo para nuestra causa?

- Depende de los millares de máquinas que el profesor Valdivia pueda empequeñecer diariamente.

- Eso depende a su vez de los centenares de aparatos que pongamos en la tarea -dijo a su vez el profesor Valdivia-. El proceso de reducción es rápido. Los aparatos algo complicados.

- Tendrá usted todas las máquinas que hagan falta -prometió el Presidente.

- Si pudiéramos reducir todo el arsenal de torpedos robot en el plazo de dos meses creo que Bagoah se salvaría -dijo Miguel Ángel con acento de entusiasmo-. Precisamente he estado inventariando las existencias de los arsenales bagoahbitas durante estos días. Vi que este país, previendo una guerra principalmente aérea, se había dedicado con preferencia a la fabricación de torpedos robot. La Armada Sideral de los Estados Unidos de Bagoah cayó en manos de los norehanos sin llegar a entrar en combate ni utilizar la cuantiosa provisión de proyectiles que tenía en reserva.

- Eso es verdad -dijo el Presidente Ambeshad-. Y Io peor de todo es que esos millones de torpedos robot no sirven para ser lanzados desde tierra contra los navios siderales atacantes. Ahora los estamos

reformando para el uso "tierra-a-aire".

- Pues esa transformación debe interrumpirse inmediatamente -dijo Miguel Ángel-. Si el profesor Valdivia es capaz de reducirlos al tamaño de granadas de veinte o treinta milímetros de calibre, esos torpedos barrerán del espacio a la Imperial Flota Thorbod.

- ¿Pero cómo?

- Por el sencillo procedimiento de dispararlos como si realmente se tratara de balas de cañón ametralladora. ¿No comprende? -exclamó el terrícola con entusiasmo-. La Flota Sideral, de Bagoah ha quedado reducida a sólo unos millares de buques. ¡Pero cada nave puede llevar ahora a bordo tantos torpedos atómicos corno un gigantesco autoplaneta! Y los que es todavía mejor ¡puede dispararlos por millares!

- ¿Cree usted? -balbuceó Ambesah.

- ¿Cómo que si lo creo? Los cañones son sencillos de construir o ya están construidos. Cualquier fábrica de munición puede poner casquillos a los torpedos reducidos de tamaño. No hay ninguna dificultad técnica que se oponga a ello.

- ¡Dios mío… Dios mío! -murmuró el Presidente Ambeshad trémulo de emoción. Y con súbita energía, volviéndose hacia el profesor Patmos, gritó-; ¡Hay que moverse! Esos aparatos inventados por Valdivia deben estar construidos y funcionando en cuestión de horas. Haga lo que quiera, desmantele todas las fábricas de Bagoah… saque los aparatos de donde sea ¡pero póngalos a trabajar enseguida!

- Haré lo que pueda.

- ¡No! i Lo que pueda, no! ¡Tiene que hacer también lo imposible! Le confiero a usted amplios poderes para echar mano de todos los recursos de la nación, ¡El planeta I es suyo! Pida lo que necesite… o mejor, tome lo que crea conveniente sin pedir parecer a nadie, sea propiedad del Estado o de otro.

- Perfectamente, Excelencia. Venga usted conmigo, colega.

Patmos abandonó el despacho seguido de Valdivia y de la hija de éste. El Presidente se abalanzó sobre el radiovisor de su mesa despacho.

- Miguel Ángel -dijo al poner en marcha el aparato-Si quieres todavía quedarte con nosotros, acepto tu ayuda y te nombro Almirante de la Flota Sideral de los Estados Unidos de Bagoah.

- Me quedo -repuso Miguel Ángel sonriendo.

El Presidente Ambeshad se encaró con la imagen de su Primer Ministro, que acababa de aparecer en la pantalla de televisión.

CAPITULO QUINTO

ARMAS FANTASTICAS

Un aura primaveral parecía haber descendido hasta los profundos subterráneos de la capital federal difundiendo su perfume vivificante. Flotaba en el ambiente el clima especial de los grandes acontecimientos. Iban a ocurrir grandes cosas. Los defensores de la ciudad lo presentían.

Circulaban rumores no confirmados de una próxima y resonante victoria bagoahbita. Miguel Ángel Aznar había sido nombrado Almirante de la Primera Flota Sideral Especia!. Esto ya era algo, sin llegar a ser nada definitivo. Los bagoahbitas, incluso ignoraban que todavía les quedara una Flota. ¿Qué significaba aquella nueva definición de "Flota Sideral Especial?"

Se hablaba de armas fantásticas. Rayos de poder paralizante… gases de inusitado y terrorífico poder… proyectiles imparables capaces de aniquilar a todo un acorazado sideral. Nada. No se sabía nada en cierto. Pero Miguel Ángel Aznar estaba con los bagoahbitas. Si él solo pudo poner la cuña que un siglo atrás hizo volcar al formidable tren del Imperio de Nahum ¿por qué no había de realizar ahora una hazaña semejante?

Desde luego, "algo" estaba en marcha. El Presidente Ambeshad habíase dirigido a la nación en una alocución radiada muy distinta a todas cuantas pronunció últimamente. Ya no hablaba de "resistir hasta el último hombre", sino de "resistir sólo dos meses más". Porque al cabo de este plazo estaba la victoria. Palabras enigmáticas que escuchadas por la Bestia Gris debió arrancarles aquellos desagradables murmullos que equivalía a la risa de los seres humanos, pero que en los bagoahbitas abrieron una puerta a la esperanza.

Sin embargo, las perspectivas de victoria no habían mejorado sensiblemente desde la llegada de Miguel Ángel Aznar al frente de un grupo de harapientos terrícolas. Las legiones de hombres-planta estrechaban el cerco de la capital librando sangrientas batallas y ganando algunos metros de terreno cada día. Los platillos volantes seguían bombardeando las defensas exteriores de la ciudad y su perímetro fortificado. Los bagoahbitas no dudaban de las palabras de su Presidente. La cuestión estaba ahora en si sería posible resistir durante dos meses más.

Esta preocupación gravitaba con todo su peso sobre los jefes del Ejército, sobre Miguel Angel Aznar y sobre el mismo Presidente Ambeshad. Los generales dudaban que la resistencia pudiera prolongarse tanto tiempo. Enterados del invento del profesor Valdivia se mostraban de la opi nión de empezar a utilizar sus ventajas en seguida.

Alguien propuso reducir de tamaño algunos millares de tarántulas robot y esferas blindadas de dedona, meterlas en algunos proyectiles

dirigidos y disparar éstos contra el enemigo, muchos kilómetros detrás de la retaguardia. Los proyectiles, al estallar, esparcerían su contenido por tierra. Las máquinas robot recobrarían entonces su tamaño anterior y, dirigidas por control remoto, cargarían sobre la retaguardia de los hombres-planta abriéndose paso en dirección a Kar. La sorpresa sería completa y el Ejército podría ganar un ancho espacio en torno a la ciudad.

- La estratagema será excelente -dijo Miguel Angel-pero no ahora, sino dentro de algunos meses. Yo opino que, más importante que aniquilar a unos millares de hombres-planta, es combatir a la Imperial Armada Thorbod en el espacio. Perderíamos un tiempo precioso reduciendo esos millares de tarántulas robot. El mismo tiempo y trabajo aplicado a la reducción de torpedos siderales nos sería de mayor utilidad.

"Yo convengo con su Excelencia que es en el espacio donde hay que derrotar a la Bestia -repuso un general bagoahbita-. Sin embargo, para vencer al enemigo en el cielo hemos de sostenernos sobre la tierra.

- Eso es evidente. Si nuestros arsenales se vieran seriamente amenazados por el enemigo no habría más remedio que defenderlos a cualquier precio… incluso al de utilizar la nueva arma descubriendo así nuestra táctica a los hombres grises.

- ¡Ah! -exclamó el Presidente, Ambeshad-. ¿Es eso lo que temes? ¿Crees que los thorbod encontrarían algu na contraarma para el invento del profesor Valdivia?

- Mi querido amigo -repuso el terrestre-. Si yo fuera el Almirante en Jefe de la Armada Thorbod y adivinara lo que los bagoahbitas se llevan entre manos, no me preocuparía de inventar una contraarma. Sencillamente: volcaría sobre Bagoah todo el grueso de la Flota y el Ejército y aniquilaría este planeta antes que vosotros pudierais poner en línea vuestra arma secreta. Eso es lo que temo que hagan los thorbod al tener noticias de nuestro invento. Ahora nos han dejado en relativa paz creyéndonos agotados. Pero sería cuestión de horas reunir en torno a este planeta sus fuerzas y acabar de una vez con nuestra resistencia…

- Eso es verdad -murmuró Ambeshad sombríamente-. No podemos descubrir nuestro secreto antes de tener listos los torpedos para nuestra Flota Especial.

Los generales bagoahbitas se mostraron de acuerdo con la idea de Miguel Ángel. No obstante, adoptaron la decisión de utilizar fuerzas acorazadas reducidas contra la retaguardia enemiga si los hombres-planta llegaban hasta el perímetro fortificado de la capital. Por una sola vez, las probabilidades de que la Bestia descubriera el secreto de los bagoahbitas era remoto. El invento del profesor Valdivia era demasiado fantástico para ser creído, incluso por la inteligente Bestia

Gris.

Una nueva idea, inspirada por el temor a que el enemigo les obligara a descubrir su táctica, bullía en el cerebro de Miguel Ángel Aznar. La idea tenía quizás sus orígenes en el corazón del joven terrícola, donde vivía aún escondido y avergonzado el deseo de ver y hablar a la Princesa Ámbar, ahora Emperatriz de Nahum,. "Señora de los Cielos y los Planetas".

La idea de Miguel Ángel contaba con escasas probabilidades de llegar a una realidad, pero era una esperanza y el joven creía deber suyo apurar todos los recursos, por muy absurdos que fueran.

Aquella mañana, el Presidente Ambeshad había invitado a su mesa al profesor Valdivia y a la hija de éste. Al entrar en el comedor con algún retraso, Miguel Ángel vio que los Valdivia ya estaban allí charlando con el Presidente todos parecían muy contentos. EI noble rostro del anciano Presidente tenía una expresión optimista.

- Hay buenas noticias -dijo a Miguel Ángel antes de contestar al saludo de éste-. La Armada Thorbod ha infligido una seria derrota a la Imperial Armada de Nahum. Es probable que los norehanos no puedan reponerse de este revés y vean su planeta invadido por los hombres planta en el segundo encuentro. Sin embargo, todavía darán mucho que hacer a los thorbod. Tendremos a la Bestia muy ocupada en los próximos tres o cuatro meses. Eso puede significar la paralización de la actividad bélica en Bagoah. Dispondremos de más tiempo para preparar nuestro plan y, mientras tanto, nahumitas y thorbod se destrozarán entre sí haciendo más fácil nuestra victoria.

- No es mala la noticia-dijo Miguel Ángel sentándose junto a Carmen Valdivia-. El Imperio de Nahum habría sufrido un rudo golpe en su orgullo y confianza. Puede que ya no estén tan seguros de su victoria y los encontremos más propicios a negociar.

- ¿Negociar? -murmuró Carmen Valdivia-. ¿Pero es que estamos en tratos con los nahumitas?

El Presidente Ambeshad tenía clavados en Miguel Ángel sus agudos e inteligentes ojos.

- Me explicaré -dijo el joven contestando más bien a la muda interrogación del Presidente que a la pregunta de la hermosa compatriota-. Se me ha ocurrido que podríamos ir a Noreh con una proposición. Si ellos nos devuelven nuestra Armada Sideral y nos facilitan material para nuestras instalaciones reductoras, nosotros podríamos prometerles derrotar a la Bestia Gris y salvarles de la catástrofe que se les avecina.

- ¿Cómo puedes haber pensado que los norehanos se avendrían a ese acuerdó? -exclamó el Presidente estupefacto-. Nunca como ahora necesitan tanto de la flota sideral que nos arrebataron tan vilmente. ¡Jamás nos devolverán nuestros buques, eso es un absurdo! ¿Cuándo

se ha visto que los nahumitas sacrifiquen su propia seguridad por la salvación de los demás?

- Ahora es distinto. También la salvación de los nahumitas anda comprometida en esta guerra. No pueden ser tan ciegos que no vean que nuestra ruina implica también la suya. Poseemos los medios para derrotar a la Bestia Gris, mientras que ellos están próximos a ser arrollados. Nosotros contamos con alguna probabilidad de victoria, y ellos ven disminuir por mohientos sus probabilidades de vencer. Mi idea es ir personalmente a Noreh, entrevistarme con la Emperatriz y hacer una demostración del inventó del profesor.

- ¡Revelar nuestro secreto a los nahumitas! -exclamó Ambeshad.

- Sólo la existencia del secreto. Los orgullosos almirantes nahumitas verán crecer ante sus sorprendidos ojos una miniatura de máquina robot. Sabrán que es posible comprimir la materia y empequeñecerlos torpedos autómatas, pero ignorarán el procedimiento. Comprenderán que estamos en posesión de un arma eficaz, que podemos aniquilar a la Imperial Armada Thorbod con sólo unos millares de buques siderales... y que luego que hayamos vencido a los Hombres Grises les venceremos también a ellos. Al Imperio de Nahum le quedan, pues, dos alternativas: perecer ante la Bestia Gris o perecer ante nosotros.

- ¿Y qué cree usted que escogerán? -preguntó Carmen Valdivia.

- La elección no es dudosa -repuso Miguel Ángel volviéndose hacia la muchacha-. Nosotros les vencimos ya una vez y fuimos clementes con ellos. No pueden esperar semejante trato de la Bestia Gris. Por muy duras que sean nuestras condiciones, por muy severo que sea el castigo que les impongamos, siempre será benigno comparado con el trato que han de recibir de la Bestia. Y si le queda alguna duda acerca de esto, pregúntese usted misma: ¿Si tuviera que escoger entre caer en manos de la Bestia Gris o los nahumitas, por quién se decidiría?

- Por ninguno de los dos -repuso Carmen con rapidez-. Antes preferiría morir.

- Eso es más fácil decirlo que hacerlo. Usted ser iría con los nahumitas porque éstos son al fin seres humanos como usted. Y porque son seres semejantes siempre le quedaría la esperanza de ser redimida de su esclavitud o vivir al menos con alguna dignidad. Puestos en el trance de elegir entre nosotros o la Bestia Gris, los nahumitas se someterían a ojos cerrados a las condiciones que les impusiéramos.

- Las condiciones que nosotros dictáramos a los nahumitas sólo podrían ser aceptadas por éstos en el trancé de una derrota total e irremisible -dijo el Presidente Ambeshad-. Considero que el momento presente no es el más oportuno para exigirles una rendición incondicional. El invasor no ha hollado todavía el suelo de su planeta. Son endiabladamente orgullosos. No nos escucharán mientras les

quede una esperanza de victoria.

- Cambiarán de parecer en cuanto yo les muestre nuestro invento. Les haré ver que, aunque derroten a la Bestia, tendrán luego que enfrentarse con nosotros con su Armada Sideral destrozada, mermado su Ejército y exhausta su industria de guerra.

El Presidente contempló pensativamente al terrícola entre sus párpados entornados.

- ¿Y quieres ser tú personalmente quien lleve a cabo esa embajada? -preguntó.

- Creo ser el más indicado para ello. La Emperatriz de Nahum me escuchará. Es mi esposa -recordó el terrícola enrojeciendo.

- Tal vez no puedas regresar a Bagoah.

- Regresaré. Lo he previsto todo. Si los nahumitas se empeñan en retener nuestra embajada utilizaremos las tarántulas robot para abrirnos paso a cañonazos hasta nuestra aeronave. El prodigioso invento del profesor Valdivia nos permitirá llevar en los bolsillos todo un pequeño ejército de máquinas acorazadas. Si vemos el juego malparado nos bastará devolver a nuestras tarántulas su tamaño natural y sembrar la confusión en toda la capital imperial.

El Presidente de los Estados Unidos de Bagoah se acarició pensativamente la barbilla. Todavía opuso algunas objeciones, las cuales venció Miguel Ángel sin gran dificultad.

- Bien -dijo Ambeshad profiriendo un suspiro-. Puesto que te empeñas, realiza tu deseo. ¿Quiénes van a acompañarte hasta Noreh?

- Yo -dijo Carmen Valdivia.

- ¿Usted? -preguntó Ambeshad con asombro.

También Miguel Ángel miró sorprendido a la hermosa joven. No entraba en sus cálculos llevarla consigo a Noreh, ni siquiera se le había ocurrido semejante idea.

- Aun a riesgo de parecer inmodesta -dijo la muchacha con marcado retintín -creo que mi persona es irreemplazable entre los que han de ir en embajada a Noreh. Supongamos que el señor Aznar convence a los nahumitas y éstos acceden a entregarnos el material que necesitamos para ampliar el volumen de nuestras reducciones. ¿Quién más indicado que yo para dirigir la requisa de estos aparatos?

- Podrían acompañar al señor Aznar cualquiera de los científicos de nuestro equipo -apuntó el profesor Valdivia.

- ¿Para que los nahumitas lo cojan y le sonsaquen cuanto sepa acerca del proceso que empleamos en la compresión de la materia? ¡Oh, no! -exclamó la joven echándose a reír-. Además; si el señor Aznar tiene que hacer una demostración ante la Emperatriz de Nahum, yo debo estar presente para que no se cometa ningún error que impida la realización del prodigio y nos ponga en ridículo. No sólo es vital para nuestra embajada que la demostración salga bien,

sino que de ello depende la vida del señor Aznar y sus acompañantes.

- Bien. Ese es asunto que ustedes deben decidir-dijo el Presidente, disponiéndose a abandonar la sala. Y estrechando la mano del profesor Valdivia y de la muchacha se despidió de ellos-. Ha sido un placer tenerles en mi mesa. Espero que no sea la última vez que vengan a acompañarme. Pienso ir hoy mismo a visitar los laboratorios donde realizan ese milagro de empequeñecer las cosas. Nos veremos más tarde.

El Presidente abandonó el comedor dejando solos a los tres terrícolas. Miguel Ángel volvióse a mirar a Carmen Valdivia.

- ¿Ha dicho en serio eso de acompañarme a Noreh? -preguntó.

- Desde luego. ¿Le molesta que vaya con usted?

- Todo lo contrario. Me sentiré más tranquilo si la tengo a mi lado para encargarse del experimento. Se lo he preguntado porque me parece que pretendía burlarse de mí.

- ¿Quién sería tan osado que se burlara del Almirante Mayor del Ejército Expedicionario Terrícola? -protestó la muchacha con grandes extremos de admiración.

- Vuelve usted a burlarse, señorita Valdivia. Diríase que tiene algún motivo de grave resentimiento contra mí. Tal vez me guarde rencor porque no acogí con entusiasmo el invento de su padre cuando era sólo una idea imposible de demostrar.

- Es usted en extremo suspicaz, señor Aznar. Aunque un poco de fe en los proyectos de mi padre nos hubieran alentado mucho cuando todos nos volvían la espalda, la verdad es que no le guardo rencor por ello. No hizo ni más ni menos que los demás.

- Con lo cual debió catalogarme usted entre los seres de la más grosera vulgaridad. ¿No es cierto?

Carmen Valdivia no respondió, aunque dejó caer sobre el caudillo una extraña y penetrante mirada.

- Bueno -suspiró Miguel Ángel disponiéndose a marchar-. Nos veremos más tarde en los laboratorios. Hemos de ponernos de acuerdo sobre las máquinas que convendrá llevar a Noreh.

Miguel Ángel Aznar abandonó el comedor seguido de aquella extraña y taladrante mirada de los bellos ojos de Carmen Valdivia.

Unas horas más tarde, acompañando al Presidente Ambeshad, Miguel Ángel se presentó en la gigantesca gruta que ocupaba completamente el Centro de Experimentación Atómica. Aquel lugar, profundamente enterrado en las entrañas del planeta, estaba formidablemente vigilado por una guardia especial.

Mirando al futuro, los terrestres se habían reservado para sí la exclusividad del invento del profesor Valdivia. Esto no implicaba necesariamente desconfianza en los Estados Unidos de Bagoah, sino más bien precaución contra los avatares del destino. Un invento tan

revolucionario como el del profesor Valdivia no podía hacerse público sin correr el riesgo de que cien o mil años después fuera a caer en manos poco escrupulosas.

Esta condición, la única que Miguel Ángel Aznar impuso a sus aliados, tuvo sus detractores en el seno de la Cámara de diputados de la república. Hubo quien dijo que aquello equivalía a poner a Bagoah y a toda la galaxia nahumita a los pies de la Federación de Planetas Terrícolas.

El Presidente Ambeshad recordó muy oportunamente a su gobierno que Bagoah y los demás planetas nahumitas siempre habían estado a los pies de la raza terrícola, pues terrícola fue el Ejército que derribó al Imperio de Nahum y dio la libertad a Bagoah y a las restantes colonias del Gran Tass. Con o sin el invento del profesor Valdivia, Nahum jamás podría medirse con un enemigo de la talla de la Federación de Panetas Terrícolas, suponiendo que dicha Federación aspirara alguna vez a sojuzgar los planetas nahumitas, aspiración que era ofensivo atribuir a quienes les habían libertado de la esclavitud del Imperio.

Quedaron tranquilos los quisquillosos diputados de la república y los sabios terrícolas en posesión de la exclusividad del invento. Sin embargo, había gran número de ingenieros y operarios colaborando con el equipo del profesor Valdivia.

En la instalación que serviría de modelo para las demás que se fueran construyendo, los gigantescos torpedos robot procedentes del Arsenal de la Armada se deslizaban sobre una cadena sin fin y eran introducidos en una especie de horno donde eran sometidos durante breves minutos al tratamiento del profesor Valdivia.

Al salir por el extremo opuesto, los torpedos robot habían quedado reducidos al tamaño de granadas de 30 milímetros de calibre. Al final de la cadena, dos operarios tomaban los torpedos y los ordenaban por capas sucesivas en cajas de cristal. Cada una de estas cajas contenía al quedar llena tantos torpedos autómatas como podía llevar en tamaño normal todo un acorazado.

Después de ver cómo eran reducidos al tamaño de juguetes una veintena de torpedos atómicos robot, Miguel Ángel visitó las grutas inmediatas donde estaba terminándose la puesta a punto de otros aparatos reductores y despidió al Presidente Ambeshad quedándose para hablar con Carmen Valdivia.

El joven preguntó a la muchacha si podrían llevar consigo el aparato que devolvería a las máquinas a su primitivo tamaño.

- Desde luego -contestó Carmen Valdivia- A condición de que los nahumitas nos permitan conservarlo encima cuando vayamos a entrevistarnos con la Emperatriz.

- Lo más seguro es que nos registren quitándonos todas las armas e

instrumentos sospechosos que llevemos encima -refunfuñó Miguel Ángel pensativamente-. Ese aparato tendría que ser tan pequeño que pudiera llevarse escondido en algún pliegue de la ropa.

- Temo que no vaya a ser posible, pero podríamos dejarlo a bordo de nuestra aeronave. También yo he estado pensando en esa dificultad, y creo haberlo resuelto de la siguiente forma. Lo que mantiene a la materia en su estado de compresión es ni más ni menos que una sirena ultrasónica, emitiendo vibraciones en una onda infinitesimal. Al interrumpirse la emisión de ultrasonidos la materia se esponja, por llamarlo de alguna forma, y recobra su tamaño natural. Esa sirena cabría en una cartera de mano, pero la guardia imperial de su esposa de usted no nos permitirá llevar esa cartera hasta el pie del trono de la Emperatriz.

- De ello puede estar usted segura -refunfuñó Miguel Ángel.

- En cambio -prosiguió diciendo la muchacha- podríamos mandar por control remoto a la sirena depositada en nuestra aeronave. Un mando de control remoto que no tenga que operar a gran distancia podría hacerse del tamaño y la apariencia de un reloj de pulsera. Supongamos que construimos una emisora de radio en la caja de un reloj, y que al juntarse las saetas horarias y minuteras se origina el cortocircuito que paralizará la sirena ultrasónica y dará origen a la realización del fenómeno de la expansión de la materia.

- Esa sería una estupenda solución -aprobó Miguel Ángel-. Llevaríamos con nosotros hasta un centenar de tarántulas robot en miniatura que soltaríamos momentos antes de aterrizar y se esparcieran como guisantes sobre el terreno. Además cada uno de los que pasemos a presencia de Ámbar… es decir a presencia de la Emperatriz, llevaría también encima una tarántula robot, bien fuera en el bolsillo o en forma de adorno sobre la ropa para no suscitar sospechas. En caso de apuro, por ejemplo si los nahumitas quisieran retenernos o encerrarnos en un calabozo, cualquiera de nosotros haría coincidir las saetas de su reloj emisora y pararía a distancia la sirena ultrasónica. La guardia nahumita tendría que apresurarse mucho para deteneros una vez nos hubiéramos metido en el vientre de nuestras máquinas acorazadas. Las tarántulas esparcidas por el aeródromo también entrarían en acción y, mandadas por control remoto, nos cubrirían la retirada o nos abrirían paso hasta nuestra aeronave.

- ¡Vaya! -exclamó Carmen Valdivia con pupilas relucientes-. ¡Casi estoy deseando que la Emperatriz nos obligue a echar mano de nuestras tarántulas y armemos un zipizape en la Corte!

- No crea que es muy remota la posibilidad de que vea satisfechos sus deseos -aseguró Miguel Ángel con cierta amargura-. Sin embargo, en bien de nuestra causa y para tener la certeza de que acabaremos venciendo sobre la Bestia y el Imperio de Nahum, debía rogar usted

para que el buen sentido iluminara la conciencia de los nahumitas y pudiéramos llegar a un acuerdo.

- ¿Pero de veras nos es tan necesaria la colaboración de los imperialistas de Noreh? -interrogó la muchacha.

- Verá usted; tal y como están las cosas tenemos una probabilidad entre tres de conseguir derrotar a nuestros enemigos. Aliados con los nahumitas obtendríamos la certeza absoluta de salvar esta galaxia de la Bestia Gris.

- ¡Ah! Creía que era por otra razón por lo que usted quería entrevistarse con su esposa.

- ¿Por cuál? -preguntó Miguel Ángel enrojeciendo.

- Pues por eso… porque ELLA es su mujer.

Miguel Ángel optó por no contestar. Prefería dejar a la muchacha en la duda que llevarla engañada a Noreh. Carmen Valdivia adivinaba la verdad con su infalible intuición femenina. En el fondo, era el vehemente deseo de ver a Ámbar, Emperatriz de Nahum, lo que llevaba a Miguel Ángel al planeta enemigo.

CAPITULO SEXTO

EMBAJADA A NOREH

Al dejar atrás la concentración de gigantescas aeróla naves thorbod, aquellas que adoptaban la curiosa forma de una pirámide hexagonal, una escuadrilla de buques siderales de combate de las dimensiones de los destructores de la Armada Sideral Terrícola se destacó de la formación y se puso a volar junto al cohete tripulado por Miguel Ángel Aznar y sus amigos.

José Luis Balmer señaló aquellos siniestros aparatos a su cuñado.

- ¿Qué crees que pretenderán esos? -preguntó con recelo.

- Sintoniza con su longitud de onda y lo verás.

En efecto, José Luis sintonizó la onda thorbod y no tardó en brotar del aparato receptor de radio la irritada voz de un hombre gris que, con su idioma brutal y desagradable, exigía a gritos a los tripulantes del cohete que viraran en redondo o verificaran al menos su identidad.

- Ya ves -dijo Miguel Ángel-. Pretenden hacernos volver atrás.

- ¿Cree usted que si no obedecemos nos dispararán un torpedo atómico? -interrogó Carmen Valdivia mirando con aprensión a las siniestras aeronaves enemigas.

- No -repuso Miguel Ángel-. Los hombres grises saben perfectamente que sus torpedos, aunque llegaran a ser disparados, no podrían causarnos ningún daño. El cerebro electrónico que dirige esas máquinas sabe distinguir entre los buques propios y enemigos, y esta aeronave es amiga para ellos a despecho de quienes puedan tripularla.

No sólo se abstendrían de venir contra nosotros, sino que se alejarían de nuestra nave como de la peste.

- ¿Y no hay manera de hacer que un torpedo robot estalle contra un buque sideral propio?

- No. Para que los thorbod hicieran llegar hasta nosotros un torpedo tendría que ser una máquina guiada por radio. Y un torpedo que dirige un hombre por radio tiene muy escasas probabilidades de destruir a una aeronave guiada por un cerebro electrónico. En un combate de este estilo, el cerebro robot, derrotará siempre al cerebro humano.

Las palabras de Miguel Ángel, que no sonaban a nuevas para los tripulantes terrícolas de la aeronave, tranquilizaron a los miembros bagoahbitas de la embajada.

La embajada que marchaba a entrevistarse con la Emperatriz de Nahum era reducida. Miguel Ángel había escogido para acompañarle, aparte de Carmen Valdivia, a José Luis Balmer, al almirante don Rodrigo Aznar -pariente lejano suyo- y al coronel Tortajada.

Como los intereses de los Estados Unidos de Bagoah tenían que estar representados también durante la entrevista, formaban parte de la expedición el ministro de Asuntos Exteriores Drasto, al que acompañaban en calidad de observadores dos miembros jóvenes de la Cámara de Representantes llamados Brumo y Khiska respectivamente. Los dos pilotos de la aeronave eran terrícolas, oficiales de la Armada Sideral que tenía por base el autoplaneta "Valera".

Los hechos vinieron a apoyar las palabras de Miguel Ángel. Los buques thorbod les acompañaron durante largo rato, sin que obtuvieran contestación a sus perentorias llamadas por radio. A cuatro millones de kilómetros del planeta Noreh, el serviola electrónico de a bordo anunció la presencia de una flotilla enemiga en el espacio. Los vigías electrónicos de las naves thorbod que seguían a los embajadores debieron dar el avistamiento al mismo tiempo. La flotilla se alejó describiendo una curva.

- Huyen -dijo José Luis-. Eso quiere decir que la escuadra avistada es nahumita. Debe tratarse de los navíos mandados por nuestra inolvidable Princesa Ámbar para que nos den escolta hasta Kindal.

- Preparémonos -gruñó Miguel Ángel haciendo una seña a Carmen Valdivia-. Antes de una hora pasará a bordo el oficial nahumita que ha de verificar nuestra identidad.

Carmen Valdivia extrajo de un armario dos cajas de madera que depositó sobre la mesa. De la más pequeña tomó una medalla de una pulgada de diámetro, la cual presentaba una araña en relieve y tenía pasador y cinta de brillantes colores. La tarántula estaba rodeada de brillantes.

- Tome usted, Excelencia -dijo la muchacha ofreciendo la extraña

medalla al ministro de Asuntos Exteriores de Bagoah-. Su condecoración.

Drasto tomó la medalla y la examinó con curiosidad.

- ¿Es ésa una de esas famosas tarántulas robot que ustedes reducen de tamaño? -preguntó.

- En efecto.

- ¿Es de dedona?

- Sí. Tal vez le extrañe que pese tan poco -dijo la joven riendo.

- Sé que la dedona pierde el peso al ser inducida eléctricamente -aseguró el ministro-. Sólo que no veo hilo por donde le entre la corriente a esta miniatura.

- No le hace falta, Excelencia -sonrió Carmen. La dedona, al ser comprimida, se auto induce y pierde casi todo su peso. Puede colgarse esta medalla del pecho seguro de que no le hará daño aunque le caiga sobre los pies. Sin embargo debe procurar alejarse de ella cuando el señor Aznar dé la voz de aviso, porque en cuanto él haga detener la sirena ultrasónica por control remoto, esa pequeña araña empezará a pesar varias toneladas.

- Yo les indicaré cuándo deben arrancarse las condecoraciones del pecho y arrojarlas al suelo -prometió Miguel Ángel.

Carmen repartió las demás medallas entre el resto de la comisión, exceptuando a los dos pilotos.

- A ustedes les daré estos dos hermosos cinturones de cuero -dijo sacándolos de la caja-. En las hebillas de plástico están incrustadas sus respectivas tarántulas.

- Es muy probable que los nahumitas quieran saber el significado de estas pequeñas arañas -dijo Miguel Ángel mientras se clavaba su condecoración en el pecho-. Sepan todos que la Orden de la Araña Negra ha sido creada recientemente por Bagoah para premiar los servicios de aquellos que se han distinguido en una labor pacífica. En este caso debieron sernos impuestas por el Presidente Ambeshad momentos antes de emprender este viaje.

Miguel Ángel dio todavía algunas instrucciones mientras se acortaba la distancia que les separaba de la escuadra nahumita. Poco después el joven volvió junto al periscopio. Observó que la flotilla sideral nahumita estaba virando para ponerse a volar en el mismo rumbo que la aeronave thorbod. Visto de perfil y mucho más cerca que antes, Miguel Ángel pudo apreciar en los costados de los buques el emblema del Imperio de Nahum: un sol llameante dentro del cual rampaba un dragón de dos cabezas.

Al concluir su maniobra, la escuadra nahumita quedó situada junto al cohete que conducía la embajada de Bagoah. José Luis Balmer recibió instrucciones para que abriera la esclusa. La delegación inspectora iba a pasar a bordo.

José Luis hizo lo que se le ordenaba. Uno de los cruceros nahumitas se puso a navegar a la par del cohete y tan cerca que casi se tocaban. Se abrió una escotilla en el costado del buque nahumita y de ella surgieron hasta una veintena de hombres provistos de trajes espaciales de vacío, los cuales salvaron volando la corta distancia y se introdujeron en la esclusa de admisión del cohete thorbod.

Miguel Ángel y el ministro de Asuntos Exteriores fueron a recibir a los visitantes junto a la misma portezuela de la esclusa. De ésta salió en primer lugar un arrogante oficial que se situó a un lado para saludar rígidamente a un emperifollado Almirante de la Imperial Flota de Nahum.

El almirante nahumita, un hombre de bastante edad y cabellos grises, procedió a despojarse de la escafandra de cristal que encerraba su cabeza. Dos o tres oficiales salidos en pos de él acudieron solícitos a ayudarle.

- Bienvenido a bordo -dijo Miguel Ángel saludando como era de uso entre las fuerzas armadas terrícolas.

El almirante clavó en el terrícola sus penetrantes pupilas. Hizo una seña al oficial que había salido de la esclusa en primer lugar, y éste extrajo de una cartera de cuero una cartulina que mostró a su superior. Se trataba de una excelente fotografía de Miguel Ángel.

- Tú eres Miguel Ángel Aznar, sin duda -murmuró.

- Sí.

- He recibido orden de comprobar tu identidad y conducirte hasta Kindal. Vamos a registrar tu buque para asegurarnos de que no lleváis armas ni otros artefactos de destrucción a bordo.

- ¿Teme la bella Emperatriz que su esposo se disponga a asesinarla? -preguntó el terrícola mordaz.

El almirante nahumita no contestó. Hizo una seña a los oficiales y la tropa que le seguía. Los nahumitas se desparramaron por todo el cohete sometiendo cada departamento a un minucioso registro. Entre tanto, Miguel Ángel presentó al ministro de Asuntos Exteriores bagoahbita. El almirante, que estaba contemplando con cierto aire mal disimulado de curiosidad y admiración al terrícola, lanzó una despreciativa mirada sobre el notable hombre bagoahbita. Ni siquiera se dignó mirarle más de dos veces.

El cohete thorbod volaba en dirección al planeta Noreh escoltado por la flota nahumita. El almirante fue conducido hasta la sala de derrota. Miguel Ángel, irritado por la estúpida altanería de los oficiales nahumitas, no les presentó al resto de la embajada ni ofreció asiento al almirante.

El ex-Almirante Mayor del Ejército Expedicionario Terrícola sentíase molesto al notar sobre sí la insistente mirada del almirante y de los silenciosos oficiales nahumitas. Estos parecían impresionados

contra su voluntad al verse en presencia de aquel legendario caudillo terrícola que siglos atrás humilló al Imperio de Nahum infligiéndole la más resonante y dura de sus derrotas. Para el anciano almirante nahumita debía de ser una nueva experiencia aquella de encontrarse ante un joven que ya era Almirante Mayor cuando él todavía no había nacido.

Carmen Valdivia, que notó el respeto de que era objeto Miguel Ángel, hizo notar:

- Parece que les tiene usted encandilados, señor Aznar. Hasta el almirante da muestras de estar impresionado.

- Tenga usted en cuenta que él es menos que un bebé junto a mí -repuso Miguel Ángel en castellano-. Claro que ha vivido mucho más que yo y debe tener mucha más experiencia. Pero lo innegable es que yo existía ya cuando estaban por nacer sus padres.

- Desde luego. Su actitud es mucho menos arrogante que cuando un oficial nahumita se presentó a bordo de "Valera" para conminarnos a la rendición.

- ¿Cómo lo sabe? Usted no estaba presente -sonrió Miguel Ángel.

- Leí las Memorias que usted escribió mientras "Valera" volaba de regreso a la Tierra… antes de que llegáramos a la galaxia de la Bestia Gris y dieran comienzo todas nuestras desdichas.

- Nunca me ha hablado de usted, señorita Valdivia. ¿Qué fue de su vida en el transcurso de los nefastos capítulos de nuestra historia?

Carmen Valdivia miró sorprendida al caudillo.

- ¿De veras le interesa? -preguntó.

- Claro.

La muchacha quedó un minuto pensativa.

- Mi historia -dijo lentamente- está unida a la de tantos millones de desdichados valeranos. Cuando los nahumitas se apoderaron de nuestro autoplaneta yo me encontraba entre los cuarenta millones de prisioneros. Fui deportada al planeta Noreh con mis compañeros de infortunio y dedicada como esclava al servicio doméstico de un vulgar burgués norehano. El día que usted rescató al autoplaneta y escapó con él, fui azotada por hacer demostraciones de júbilo.

- Diga la verdad -invitó Miguel Ángel-. ¿Qué pensó usted cuando supo que me había escapado con el autoplaneta? ¿Creyó que volvería para rescatarles a ustedes… o que no me detendría hasta llegar la Tierra?

- Le parecerá mentira, pero siempre confié en que usted volvería para rescatarnos -confesó la muchacha sonrojándose-. No tiene usted idea de cómo le admiraba yo entonces. Para nosotros, los que quedamos cautivos en los planetas nahumitas, usted era algo así como un mesías que tenía anunciada su llegada al mundo de nuestra aflicción para redimirnos de nuestros sufrimientos. Cuando "Valera"

apareció radiante en el cielo de Noreh…

- Advierto que dijo usted que me admiraba entonces. ¿Debo entender que la he defraudado en tiempos posteriores y se arrepiente ahora de haberme profesado aquella admiración?

- ¿Quiere usted que le regale el oído, señor Aznar? -refunfuñó la muchacha enrojeciendo todavía más-. Usted debe saber en qué concepto le tiene todavía la juventud terrícola. Especialmente las muchachas… Pero no. Será mejor que no se lo diga. Se va a poner usted muy tonto. Decía que aquel día en que volvió usted, todos, ¡absolutamente todos!, nos sentimos revivir en Noreh. Con la imaginación le veía a usted erguido en la famosa Cámara de derrota del autoplaneta, guapo, elegante en su uniforme de Almirante Mayor, altivo y seguro de sí mismo. ¡Con decirle que me pasaba las noches llorando de emoción y felicidad al pensar que usted estaba allá en el espacio velando por nosotros!

- Si estaba en Noreh -murmuró Miguel Ángel como molesto por la confidencia de la joven- debió sufrir los rigores del hambre que yo provoqué en todo el planeta.

- ¡Oh, sí! Fueron unas semanas horribles, pero ni siquiera entonces nos sentimos desalentados los terrícolas. Las bombas anticatalizadoras de la clorofila aniquilaron toda la vegetación del planeta y adivinamos mucho antes que los mismos nahumitas las intenciones de usted. Aunque sufrí hambre, la soporté con resignación y hasta alegría. Pensaba que cuanta más hambre hubiera en Noreh, más pronto se hundiría la fortaleza del Imperio… Algún día le enseñaré a usted una fotografía que nos hicimos un grupo de esclavos el mismo día de la liberación. ¡Estoy más fea y delgaducha!

Miguel Ángel contempló pensativamente a su compañera. Trataba de imaginarse cómo sería ella cuando él todavía ignoraba que existía. Pero no podía formarse una idea. Sólo veía la extraordinaria belleza presente de aquel dechado de vigor y juventud.

- Puesto que hablamos de ello -dijo el caudillo- permítame ofrecerle mis disculpas por las jornadas de hambre que le hice pasar.

- ¡Qué tontería! -rechazó la muchacha-. Nunca lo recriminé con el pensamiento por aquellas duras semanas. En cambio…

Carmen Valdivia se detuvo y Miguel Ángel sintió su corazón extrañamente alarmado al verla vacilar.

- En cambio… ¿qué? -preguntó desasosegado.

- Nunca le perdoné lo que hizo con la Princesa Ámbar de Nahum. ¿Por qué se casó con ella? ¿Cómo pudo enamorarse de una criatura sin corazón habiendo tantas muchachas bonitas… y locas por usted entre sus compatriotas? Si usted era popular y querido entre los terrícolas, ¿de qué palabras podría servirme para definir el hondo sentimiento que usted inspiraba entre el sexo femenino terrestre? Miguel Ángel

Aznar era como un semidiós para nosotras. Pero le echamos del pedestal al verle enamorado y casado con la hija de nuestro más odioso y cruel enemigo, el Emperador Tass.

- Sí, ya lo sé -murmuró Miguel Ángel sombríamente-. Aquel matrimonio mío fue muy impopular. Se me atribuyeron aspiraciones de Príncipe al casarme con una auténtica Princesa de Nahum. Pero eso fue una tontería porque mi esposa había dejado de ser princesa en el mismo momento en que nuestras tropas victoriosas se lanzaron al asalto de Kindal.

- Reconozca usted que fue excesivamente magnánimo con los vencidos después del daño que nos habían hecho. ¡Aquellos cuarenta millones de ancianos y niños, de lisiados y mujeres enfermas lanzados a los hornos de nuestras fundiciones!...

El pueblo valerano pedía venganza. No había familia en "Valera" que no tuviera que llorar el asesinato de más de un ser querido... y usted ni siquiera castigó a los autores principales de nuestro duelo nacional. ¿Tal vez porque entre los criminales se encontraba la Princesa Ámbar de Nahum? Es lo más probable. Al menos, tal fue lo que pensaron aquellas familias desconsoladas.

- Su dolor no hubiera sido menos amargo de saber que sus muertos estaban vengados con un mar de sangre -repuso Miguel Ángel molesto.

- No pedíamos que se asesinara a ochenta millones de nahumitas como represalia. Pudo haberse hecho otras muchas cosas para que el Imperio de Nahum quedara liquidado para siempre. Ya ve usted el fruto de su magnanimidad. Toda una Humanidad padece ahora por los errores que nosotros cometimos.

- Es cierto -admitió Miguel Ángel con amargura-. Hubo un error y yo fui uno de los principales instigadores, por no decir el principal. Tal vez tenga usted razón y el amor que sentía hacia la Princesa Ámbar sirviera para cegarme respecto a los sentimientos de su maldita raza. He aprendido una dura lección a cambio de un terrible desengaño. Puede estar segura de que no echaré en saco roto la enseñanza. La Providencia ha sido clemente conmigo al concederme la oportunidad de enmendar mi pasado yerro. Esta vez dejaré al Imperio de Nahum en condiciones tales que jamás por los siglos de los siglos vuelva a constituir una amenaza para la seguridad de esta galaxia.

Carmen Valdivia hizo un mohín que implicaba cierta duda. Pero Miguel Ángel se abstuvo de pedirle una explicación. En realidad, el recuerdo del pasado acababa de surgir de las brumas del tiempo al conjuro de su conversación con la muchacha. El cohete caía sobre el planeta Noreh. Iban perfilándose las líneas de los continentes. Una creciente ansiedad se apoderaba del joven caudillo a medida que se desdoblaban ante sus ojos los relieves de la tierra norehana.

Los astronautas nahumitas habían dado fin a sus pesquisas sin

encontrar a bordo nada sospechoso. Dos oficiales de la Imperial Flota de Nahum estaban de pie tras los asientos de los pilotos terrícolas. Les daban instrucciones para el aterrizaje.

Los espléndidos jardines superiores de la enterrada capital imperial parecían subir al encuentro de los astronautas. La escuadra que viniera dándoles escolta se había quedado atrás. Sólo les acompañaban ahora dos cruceros siderales.

El cohete thorbod, bajo las expertas manos de los pilotos terrícolas, descendió suavemente de popa hacia la inmensa explanada de la base aérea de Kindal.

- Su Excelencia recordará todo esto -dijo el almirante nahumita a Miguel Ángel.

- Lo recuerdo mejor de lo que quisiera -contestó el terrícola con aspereza.

Cuando la aeronave se encontraba a mil metros de altura sobre la base, Miguel Ángel hizo una seña disimulada a los pilotos. Uno de estos apretó un botón sin despertar las sospechas de los oficiales nahumitas, los cuales desconocían el funcionamiento del cohete thorbod. En aquel instante, una gaveta oculta en la popa se abrió precipitando al espacio un puñado de diminutos objetos metálicos, un centenar de tarántulas robot que rebotaron sobre el terreno y se esparcieron en todas direcciones.

El cohete se posó de popa en el aeropuerto. Media docena de automóviles eléctricos se acercaron yendo a detenerse junto a la aeronave. El almirante nahumita, que había invitado amablemente a Miguel Ángel a desembarcar, señaló hacia los coches. La embajada bagoahbita se acomodó en los automóviles y éstos rodaron cruzando toda la explanada para introducirse en un túnel de varios kilómetros de longitud, al término del cual estaba Kindal.

Breves minutos más tarde, la comitiva se detenía en un patio interior del Palacio Imperial. Un destacamento de la Guardia de la Emperatriz les esperaba. El almirante hizo entrega de los terrícolas al apuesto oficial que mandaba la guardia y se retiró murmurando unas palabras de despedida que Miguel Ángel no se dignó contestar.

La actitud del joven caudillo terrícola era por lo menos tan olímpicamente altanera como despreciativa la de los norehanos para con los miembros del gobierno de los Estados Unidos de Bagoah. La experiencia le había enseñado que sólo de esta manera podía impresionarse a los nahumitas.

- Tendremos que registrarles ahora, Excelencia -dijo el oficial de la guardia respetuosamente.

- Bueno -dijo Miguel Ángel despectivamente.

Los oficiales empezaron a registrar a los terrícolas mientras los soldados hacían lo mismo con los bagoahbitas. Un joven y elegante

capitán se acercó a Carmen Valdivia.

- Si el oficial le pone las manos encima a esa mujer le romperé la cara de una bofetada -aseguró Miguel Ángel fríamente.

El capitán se detuvo paralizado por el estupor. Miró al terrícola entre temeroso y suplicante.

- Es preciso registrar a la joven, Excelencia -aseguró.

- En ese caso haga venir a una mujer para que la registre aparte.

El coronel que mandaba la guardia lanzó una mirada asesina sobre el capitán. Dio secas órdenes para que se buscara a una mujer. El incidente fue de mucho efecto y retrasó en algunos minutos la introducción de la embajada en los salones de palacio.

- La Emperatriz está muy irritada porque tardan tanto en presentarse los terrícolas -murmuró un oficial al oído del coronel.

Fueron llevados casi a la carrera a lo largo de los suntuosos corredores del palacio. Al llegar a cierta sala, la escolta detuvo a la comisión bagoahbita con sus sables desnudos.

- ¡Alto! Los perros bagoahbitas esperarán en la antecámara.

- Los bagoahbitas son mis amigos y entrarán conmigo -aseguró Miguel Ángel-. De lo contrario nos iremos todos.

- Sólo su Excelencia puede pasar a la cámara de la Emperatriz, esa es la orden -repuso el coronel. Y desenfundando su pistola eléctrica añadió:- Su Excelencia querrá evitarme que tenga que hacer uso de la violencia.

- ¿Esa es también una orden de la Emperatriz? -preguntó el terrícola.

- Sí, Excelencia.

- Bien -dijo Miguel Ángel volviéndose hacia sus compañeros-. Esperen aquí.

Echó a andar resueltamente en pos del coronel, con un guardia armado y emperifollado a cada costado. Unas monumentales puertas de oro, de las que resaltaba un llameante sol con un dragón rampante de doble cabeza, se abrieron de par en par para dar entrada a Miguel Ángel Aznar.

CAPITULO VII

LA COLERA DE LA EMPERATRIZ

La sencillez del traje de Miguel Ángel contrastaba con la riqueza y el esplendor de la cámara donde fue introducido. El joven, que creía conocer muy bien a su esposa, se hubiera sentido defraudado si la Emperatriz de Nahum no le hubiera recibido con toda la pompa en un escenario digno de la trascendencia del momento.

La Emperatriz, evidentemente, quería deslumbrar y humillar a su

esposo con el fausto y el boato de su imperial corte. El salón donde Miguel Ángel fue introducido era enormísimo, con altas bóvedas y paredes que parecían derrumbarse bajo el peso de los ricos tapices. El piso, de reluciente mármol negro, estaba desnudo hasta el pie de la escalinata que conducía al áureo trono de los emperadores de Nahum. Las gigantescas arañas de cristal se invertían en aquel piso con sus centenares de resplandecientes luces, y el visitante recibía la impresión de estar andando sobre una lámina de vidrio debajo de la cual se abría un abismo poblado de cegadores destellos.

El monumental trono surgía como un sueño de una neblina luminosa, tras la cual se apreciaba borrosa la imagen de una mujer arrellanada entre cojines. La Emperatriz de Nahum era considerada como un ser divino, pecando gravemente quien osaba verle la cara. Por esta razón, la sagrada persona de Ámbar permanecía invisible tras la luz de los focos.

En Miguel Ángel, esta teatralidad estúpida despertaba un sentimiento de irritada comicidad. Contrariamente a lo que temía, no sintió emoción alguna mientras avanzaba en dirección al trono escoltado por los soldados. Estos le asieron por los brazos obligándole a detenerse al llegar al pie de la escalinata.

- ¡Retiraos! -ordenó una voz armoniosa surgiendo de la neblina luminosa.

Los soldados dejaron solo al terrícola y retrocedieron hasta la puerta de espaldas. Miguel Ángel aguardó impertérrito bajo la cruda luz de los focos. Habíase propuesto no ser el primero en hablar y hubo de ser Ámbar quien al fin dijera:

- Vaya. Al fin volvemos a vernos.

Miguel Ángel no contestó, sino que continuó erguido y altanero, entornado los párpados para defender las pupilas de la luz.

- ¿Has perdido el habla? -preguntó la mujer del trono, irritada.

- No acostumbro a sostener conversación con gentes que ocultan su rostro -repuso Miguel Ángel.

Hubo un breve silencio. Luego una risita y la neblina luminosa empezó a desvanecerse. Las deslumbradas pupilas del terrícola pudieron ver entonces a una mujer que iba surgiendo del caos amarillo de su ceguera. El rostro de Ámbar de Nahum apareció al fin con toda su deslumbrante belleza. Una extraña corona, rematada por un globo que irradiaba una suave luz dorada, ceñía sus sienes alabastrinas. Sus ojos, color de oro viejo, reían risueños y burlones al contemplar a Miguel Ángel.

- ¿Me ves bien ahora? -preguntó.

- Sí.

- Pero no como tú quisieras, ¿verdad? Encontrar a la esposa que tú

desterraste de "Valera" convertida en Emperatriz de Nahum es algo que no podías imaginar el día que me despachaste hacia mi patria.

- No lo esperaba, esa es la verdad.

- Nuestros papeles han cambiado bastante. Yo soy ahora la omnipotente Emperatriz de Nahum, mientras que tú no eres más que un desdichado reyezuelo destronado. Conozco todas tus andanzas desde que me obligaste a salir de "Valera". Hace un año que aterrizó en este planeta un platillo volante mandado por ti en demanda de una aeronave mayor que pudiera volar hasta la Tierra en petición de auxilio.

- Es la tercera vez que tergiversas la verdad en menos de un minuto -advirtió Miguel Ángel sin perder la calma-. Primero, fuiste tú quién me amenazó con abandonarme si no defendía mi cargo de Almirante Mayor o perdía la causa en el motín que se incubaba. No hice más que facilitarte los medios para que volvieras a tu patria antes que fuera demasiado tarde. Segundo, no soy un reyezuelo destronado porque jamás tuve corona, ni cetro, ni reino. En todo caso seré un Almirante Mayor abandonado por sus tropas, pero legalmente continúo siendo Almirante Mayor y se me hará justicia en cuanto esté de regreso en la Federación de Planetas Terrícolas. Y tercero, el platillo que yo envié aquí no iba en busca de auxilio a la Tierra, porque por mucha prisa que mi Gobierno se diera en mandar socorros habrían transcurrido dos mil años en Exílo y ni cenizas quedarían de mis huesos. La misión de mis hombres era advertir a la Tierra de la resurrección del poderío de la Bestia Gris. Supongo que los norehanos obrasteis con vuestra tradicional estupidez impidiendo que mi mensaje llegara a su destino.

- En efecto -contestó la Emperatriz-. Fueron fusilados inmediatamente.

Al llegar a este punto de la conversación, Miguel Ángel sintió cómo toda la cólera acumulada envolvía su cerebro en una neblina sanguinolenta. No obstante, se contuvo para hacer más firme su voz y sus ideas.

- El estéril sacrificio de esos valientes será un cargo más contra tu odioso Imperio el día que yo lo juzgue.

Ámbar soltó una estrepitosa y argentina carcajada.

- ¡Desdichado! -dijo sacudiendo su rico cetro imperial-. ¿Es que vives dormido y todavía te crees a bordo de tu majestuoso autoplaneta "Valera"? Una suerte loca, más que tu inteligencia vulgar, puso una vez en tus manos el destino de toda esta galaxia. Pudiste aniquilar estos mundos si hubieras querido, tenías un poderoso ejército y los más poderosos medios para hacer imponer tu voluntad a los hombres... y todo lo perdiste por tu estupidez. Tu reinado fue breve como un soplo y jamás volverás a mandar sobre millones de seres atemorizados. Estás en Nahum. Has venido a parar a mi presencia

pobre, desprestigiado y abandonado por los tuyos. Ya no tienes un fabuloso autoplaneta, ni un Ejército ni una Armada Sideral. ¿Y eres tú quien ha de juzgar al Moderno Imperio de Nahum?

Las estrepitosas carcajadas de la Emperatriz resonaron burlonas en la inmensidad de la cámara, multiplicadas y repetidas por el eco. Y sin embargo, el terrícola apenas si escuchaba aquella risa hiriente. Miraba a la mujer que ocupaba el trono, rebosante de hermosura, y se preguntaba si fue posible que él amara una vez a esta misma criatura atribuyéndole todas las virtudes de que carecía.

Viéndola reír, sacudiendo su imperial cetro y centelleantes sus diabólicas pupilas, Miguel Ángel presenciaba el silencioso derrumbamiento de todo su amor. En este preciso instante, el cuerpo agonizante de su pasión recibía el golpe que le convertía en cadáver. Pero no sentía ningún dolor, ni siquiera la tan temida sensación de amargura. Comprendió que su amor hacia Ámbar estaba muerto mucho tiempo atrás, que sólo había existido el fantasma o la sombra de aquella pasión extinta, y que el comprobarlo le producía una sensación de alegría y desahogo.

La Emperatriz rió durante un largo rato. Finalmente enjugó las lágrimas que su hilaridad le había hecho derramar y contempló a su esposo admirada y divertida.

- En verdad te digo, Miguel Ángel, que tu fe sobrepasa los límites de lo corriente para volar por el reino de la locura. O tal vez hayas pensado que la amenaza es la mejor defensa del impotente. ¿Crees que vas a asustarme?

- Puedo hacerte temblar de terror antes de cinco minutos -contestó el terrícola secamente.

- ¿Tú a mí? -exclamó Ámbar riendo amenazadoramente-. ¡Desgraciado! Los reveses de la fortuna te han hecho perder la razón. Debí comprenderlo en cuanto entraste tan seguro y altanero. No poseyendo nada real sólo puede hacerte sentir seguro lo que posees en la fantasía.

- Si fueras tan perspicaz como presumes, adivinarías que alguna poderosa razón me asiste cuando he venido a ti a exigirte una rendición incondicional.

- ¿Rendí…? ¡Oh, por el Gran Majhol! -exclamó la Emperatriz dando un fuerte golpe con su cetro en el brazo del sillón-. ¡Tú estás loco de remate!

- ¿Es eso lo que te dice tu imperial intuición? -repuso Miguel Ángel mordaz.

Ambar arrugó su lindo entrecejo.

- Di, en nombre del dios Majhol y antes que se acabe mi paciencia. ¿A qué has venido? ¿Eres tan necio que hayas creído que te permitiría salir vivo de Noreh?

- No puedes impedir que me vaya cuando quiera. En cuanto al asunto que me ha traído a tu presencia, te aconsejo que escuches a la comisión bagoahbita que ha venido conmigo. Son portadores de una interesante proposición.

- ¿La Emperatriz.de Nahum escuchando a unos perros esclavos bagoahbitas? -exclamó Ámbar indignada-. ¿Por quién me has tomado?

- Sólo por lo que eres. Una pobre mujer histérica, llena de orgullo y trastornada por una insaciable ambición.

Ámbar saltó impulsivamente en pie, relampagueantes de cólera sus doradas pupilas.

- Sabrás que acabas de firmar tu sentencia de muerte -anunció con voz chillona.

- ¡Bah! No me asustan tus amenazas -sonrió el terrícola con desprecio-. Sabes que tu divina omnipotencia no me impresiona lo más mínimo. Te conozco bien. Eres aquella desdichada Princesa sin trono que yo tomé de las habitaciones de este mismo palacio cuando el Imperio de Nahum se caía a pedazos a tu alrededor. Yo te protegí y te ofrecí el amparo de mi nombre, mi casa y mi pueblo, y aunque ahora te eleves mucho, sigues siendo para mí aquella muchachita asustada que temblaba entre mis brazos haciendo protestas de amor. Escúchame bien, Ámbar de Nahum. Sólo hay un reino imperecedero y ese es el de mi Dios. El tuyo no es más fuerte que un castillo de naipes. Yo derribé este odioso Imperio una vez y volveré a hacerlo. Pero después de esta segunda derrota no crecerá hierba sobre la tierra de Noreh. Tu patria está condenada al exterminio, y tu pueblo a servir de esclavo a los que fueron sus esclavos.

- ¡Cállate, imbécil! -rugió Ámbar haciendo rechinar sus menudos dientecillos-. No sabes lo que te dices. ¿De dónde has sacado ese poder capaz de humillarnos? ¿Dónde está? Tu autoplaneta vuela en estos instantes hacia la Tierra, tus amigos los bagoahbitas se debaten en los últimos espasmos de la agonía, sin Ejército y sin Armada Sideral. ¿Acaso quieres hacerme creer que has descubierto un arma tal que pueda derrotar a la Bestia Gris y al Imperio de Nahum al mismo tiempo?

- Exactamente -repuso el terrícola dueño de sí mismo-. Tengo ese arma que os hará pedazos y la he traído conmigo para mostrártela. Tal vez tus vanidosos almirantes se sientan inclinados a negociar un armisticio con Bagoah después de conocer la naturaleza de nuestro invento.

Ámbar de Nahum frunció sus rojos y gordezuelos labios desdeñosamente.

- No creo una palabra de cuanto dices -aseguró-. Si has traído contigo esa arma, ¿por qué no la enseñas? Y si realmente es tan poderosa, ¿por qué no la has utilizado ya? ¿No estarías en mejores

condiciones de imponer a Nahum un armisticio si hubieras venido a Kindal como vencedor en vez de venir como embajador?

- La victoria de los aliados es segura, solamente que todavía está un poco lejana si Nahum no nos devuelve la flota que tan vilmente nos quitasteis.

- Jamás devolveremos esa flota.

- En tal caso echaréis tierra a vuestros propios ojos. Porque mientras los aliados se preparan para asestar un golpe definitivo a la Bestia, la Bestia habrá aniquilado ya el Imperio de Nahum y sólo tendremos que vencer a los thorbod para entrar como vencedores en la derruida ciudad de Kindal.

- ¡Calla de una vez! -rugió la Emperatriz levantando amenazadoramente su pesado cetro y empezando a descender lentamente la escalinata sin apartar sus ojos llameantes de los fríos y serenos de Miguel Ángel Aznar-. Has agotado mi paciencia… Haré que te arranquen la lengua… que te desuellen vivo… que te amputen las manos y los pies. Te obligaré a maldecir a tu madre por haberte traído al mundo y a humillar tu orgullo hasta que te arrastres a mis pies como un perro. -La joven prosiguió bajando los escalones, blandiendo su cetro y mascullando entre sus dientes fuertemente apretados-: ¡Pero no morirás todavía! Haré que conserves un soplo de inteligencia y esos malditos ojos para que puedas ver por ti mismo aquello que te matará con más seguridad que un rayo. ¡Tú verás a la Bestia Gris vencida, a todos los planetas sometidos a la Emperatriz Ámbar firmemente sentada en su trono! ¿Quién habla de rendiciones ni armisticios? Nahum será un Imperio o nada. Nadie volverá a imponernos jamás sus condiciones. ¿Lo oyes bien? ¡Nadie!… ¡Jamás!

Ámbar había llegado hasta el último escalón y lanzó un fuerte golpe con su cetro contra la cabeza del terrícola. Miguel Ángel retrocedió, el pesado cetro golpeó en el aire y arrastró a la orgullosa Emperatriz haciéndola caer de rodillas.

Dos guardias armados de sables surgieron de ambos costados del trono y corrieron en auxilio de su Emperatriz. Esta, enfurecida, señaló al terrícola desde su posición de rodillas.

- ¡Prendedle… lleváosle… no quiero verle! ¡Torturadle… hacedle pedazos!

La pesada puerta de oro se abrió dejando paso al coronel de la guardia, el cual se precipitó a la carrera en la cámara seguido de un tropel de soldados y oficiales. A través del hueco de la gigantesca puerta, Miguel Ángel alcanzó a ver a sus amigos rodeados de un grupo de soldados que les amenazaban con sus sables desnudos.

Uno de los soldados más próximos corrió a levantar a la Emperatriz mientras el otro se abalanzaba sobre Miguel Ángel. El terrícola comprendió que su embajada había fracasado y era llegada la hora de

buscar la salida. Se lanzó a los pies del soldado. Este perdió el equilibrio y volteó sobre la espalda de Miguel Angel yendo a caer ruidosamente al, suelo.

El terrícola saltó ágilmente en pie y lanzó una rápida ojeada a su reloj. Faltaban cinco minutos para que las manecillas coincidieran. Naturalmente, no podía aguardar tanto tiempo. De manera que asió la corona, tiró de ella e hizo girar las manecillas hasta que estuvieron una encima de otra. Inmediatamente se arrancó de un zarpazo la medalla que llevaba sobre el pecho.

La medalla cayó sobre el pulimentado mármol y se encendió en un chisporroteo verde azulado. El coronel y el grueso de la guardia venían por la enorme cámara haciendo retemblar el mármol con sus precipitados pasos. El soldado que acababa de ayudar a la Emperatriz a incorporarse se abalanzó contra el terrícola.

- ¡Mátale! -chilló histéricamente Ámbar de Nahum.

El soldado enarboló el sable. Miguel Ángel se arrojó sobre él, le asió la muñeca que empuñaba el arma y lo volteó en el aire arrojándolo a los pies del primer soldado, que volvía al ataque mirando con el rabillo del ojo, alarmado, a la fantástica hoguera provocada por la pequeña medalla.

Los dos soldados rodaron por el suelo y Miguel Ángel quedó en posesión del sable. Ámbar de Nahum retrocedía ante el extrañamente silencioso crepitar de la luz verde-azulada. El coronel, los oficiales y el resto de la guardia se detuvieron a diez pasos de aquel objeto que crecía prodigiosamente ante sus ojos. Por la puerta del fondo, Miguel Angel vio tres o cuatro globos de fuego chisporroteando en el centro de la antecámara. Los soldados que custodiaban a los terrícolas y los bagoahbitas retrocedían asustados.

Hubo un breve y dramático silencio mientras la Emperatriz subía a la carrera la escalinata de su trono y la tarántula robot de Miguel Angel completaba su rápida metamorfosis. Como por arte de magia una tarántula robot de seis metros de longitud, armada de fuertes patas, surgió al pie del trono. La Guardia Imperial soltó a coro un grito de asombro y alarma y retrocedió mientras la temible máquina empezaba a mover sus horribles patazas, hacía girar los dos cañones que surgían de su cabeza como dos cuernos y abría una pequeña escotilla en uno de sus costados.

En este momento, Miguel Ángel arrojaba con fuerza su sable contra las piernas de la Emperatriz, que estaba llegando hasta su áureo trono. La hoja del arma alcanzó las imperiales pantorrillas de Ámbar de Nahum y la hizo caer.

- ¡Adiós, Ámbar! -gritó el terrícola con voz estentórea-. ¡Volveremos a vernos muy pronto!

Como una flecha se lanzó de cabeza por la escotilla ganando el

pequeño hueco del interior de la máquina. Muy a tiempo, porque el coronel de la guardia, creyendo que el terrícola había matado a la Emperatriz, se arrancó de su estupor y disparó su pistola láser contra Miguel Ángel.

La descarga restalló en el quicio de la escotilla, cuando ya el terrícola había desaparecido en las entrañas de la máquina.

Lo primero que hizo Miguel Ángel fue apretar el botón que cerraba la escotilla. En seguida tomó asiento en uno de los dos sillones ante los mandos. El espacio era tan reducido que tenía que andarse a gatas por él y permanecer acurrucado en el sillón. Una luz roja iluminaba fantásticamente aquel pequeño hueco en las entrañas de la máquina robot.

La tarántula habíase puesto en marcha. En una pantalla de televisión Miguel Ángel podía ver lo mismo que "veían" los ojos electrónicos del arácnido automático. Y lo que vio fue a toda la Guardia Imperial huyendo a la desbandada ante la máquina.

Empuñó con rapidez los mandos que controlaban la dirección de los dos cañones atómicos, los apuntó y apretó el disparador. Los dos cañones tabletearon a un tiempo lanzando una ráfaga de medio segundo contra el tropel de soldados. Los proyectiles atómicos estallaron con horrible estruendo haciendo pedazos a la tropa.

Miguel Ángel hizo girar a la máquina sobre sí misma. En la pantalla apareció enmarcado el áureo trono de los emperadores de Nahum. La Emperatriz desaparecía en aquel instante par una puertecilla secreta abierta a espaldas del trono. El terrícola sonrió con desprecio y disparó una corta ráfaga contra el trono. Volaron doseles, tapices, cojines y grandes pedazos de oro entre las llamas de las explosiones. El trono rodó escaleras abajo convertido en un montón de chatarra. Del techo se desprendieren algunas de las gigantescas lámparas de cristal que fueron a estrellarse contra el suelo. Soltando una risita de complacencia, Miguel Ángel hizo virar a su máquina y se lanzó por entre las imponentes puertas de oro hacia la salida. Ante él veía correr moviendo con agilidad sus fuertes patas a la última tarántula robot de las siete que le precedían. Se caló los auriculares mientras corría por el amplio pasillo.

- ¡Hola, Miguel Ángel! -oyó a través de los auriculares- Aquí José Luis. No es menester que me digas cómo acabó tu entrevista con la Princesa. Me bastan con las pruebas… Lo importante ahora es salir de aquí antes de que se arme un zipizape de todos los diablos. Debo ocuparme de dirigir los movimientos de las cien máquinas que dejamos en el aeropuerto. ¿Quieres pasar delante en cuanto lleguemos al patio? Tú conoces mejor que yo la ciudad.

El alud de metal en movimiento se precipitó en el patio interior arrancando de quicio varias puertas cerradas. Nada era capaz de

contener a estas máquinas construidas de "dedona". Al irrumpir en el patio donde habían dejado los automóviles pusieron en fuga a un tropel de soldados. Los coches fueron arrollados, apartados o triturados por las gigantescas arañas robot.

Miguel Ángel dio toda la velocidad posible a su máquina, alcanzó a todas las demás y se colocó en cabeza de la columna al llegar ante las grandes puertas que cerraban la verja del palacio. Pero un obstáculo de metal que no fuera "dedona" no era capar de detener a las máquinas robot. Los ojos de éstas, aparte de "ver", lanzaban rayos desintegradores de metal, aquellos terribles "Rayos Z" que obligaron al hombre a construir sus máquinas bélicas de "dedona".

El caudillo terrícola apretó un botón. Un trazo azuloso brotó de una de las "pupilas" de la máquina, y la puerta se desintegró en mitad de una poderosa explosión. Las ocho tarántulas se precipitaron por la brecha y hollaron con sus horribles patas el asfalto de una monumental avenida subterránea.

Miguel Ángel conocía bien las calles de la ciudad. Kindal, salvada de la guerra contra los terrícolas, no había cambiado el trazado de sus avenidas. Las máquinas acorazadas se lanzaron impetuosamente en medio de las calles atestadas de tráfico. Las gentes huían espantadas a refugiarse en los portales. Los automóviles se detenían o apartaban. A los que no se apartaban los embestía brutalmente la máquina de Miguel Angel, lanzándolos a gran distancia o pasando sobre ellos triturándolos. Los que se apartaban eran volados a cañonazos por las siete tarántulas que venían detrás.

Un rastro de estropicios y cadáveres quedaba en pos de aquel desenfrenado tren. Miguel Ángel ganó la carretera subterránea que conducía a la base aérea y se lanzó por ella a toda velocidad. No se ocupaba en cañonear los automóviles que se cruzaban en su camino. Todo su interés se acumulaba en el empeño de llegar a la superficie del suelo antes de que alguien cerrara las sólidas puertas de "dedona" que aislaban a Kindal en caso de cerco.

Pero las gigantescas puertas no estaban cerradas, porque José Luis Balmer se había ocupado de impedirlo llevando allí a las cíen tarántulas robot metamorfoseadas ante el asombro del personal de la base. Unas veinte tarántulas servían de cuña impidiendo que las puertas se cerraran por completo. Las otras ochenta protegían la rampa del túnel allí donde la autopista afloraba a tierra.

La máquina de Miguel Ángel subió la rampa y se lanzó a la carretera sobre la superficie del aeropuerto. A lo lejos vio venir una formación de tarántulas robot nahumitas, de modelo casi idéntico al de la suya. Más cerca vio al cohete sideral thorbod que les trajo a Noreh. Dos arañas mecánicas rondaban a su alrededor. Eran las tarántulas tripuladas por los dos pilotos. Estos saltaron a tierra al ver

llegar a Miguel Ángel y se encaramaron hasta el cohete como ardiIIas.

Diez segundos más tarde, Miguel Ángel detenía su máquina al pie del cohete y saltaba a su vez a tierra. Inmediatamente detrás llegaron las restantes máquinas vomitando tripulantes: el coronel Tortajada, José Luis Balmer, el almirante don Rodrigo, Carmen Valdivia y los tres miembros del Gobierno bagohabita. Las cien tarántulas robot traídas en miniatura hasta Noreh, habiendo abandonado su posición en torno a la boca del túnel que conducía a Kindal, avanzaban impetuosamente por el aeródromo al encuentro de las máquinas enemigas. José Luis Balmer las había liberado de la obediencia a su mando enviándolas a luchar contra sus enemigos.

- ¿Todos bien? -preguntó Miguel Ángel a gritos- ¡Pues arriba todo el mundo!

Permaneció en tierra unos momentos mientras sus compañeros se lanzaban escalerillas arriba. Vio avanzar a las fuerzas blindadas enemigas entre una nube de polvo. La batalla entre las tarántulas robot iba a comenzar…

Trepó a su vez hasta el cohete y apretó el botón que cerraba la escotilla. En el mismo instante, el cohete despegó con brutal sacudida, haciendo rodar por el piso a los tripulantes arrebatándoles momentáneamente el sentido.

El ligero desmayo de la tripulación duró muy poco. Vencida la fuerza de gravedad, el cohete dejaba atrás las altas capas de la atmósfera cuando Miguel Ángel ayudó a incorporarse a Carmen Valdivia.

- Bueno -murmuró la muchacha- No puede decirse que nuestra embajada haya resultado un éxito pero al menos lo contaremos.

- Lamento sinceramente haberlos arrastrado conmigo a. esta estúpida aventura -murmuró Miguel Ángel- Si me hubiera dejado llevar por el sentido común habría comprendido la inutilidad de este viaje.

- Nunca he comprendido demasiado bien lo que nos conducía a Noreh. ¿Pensó usted alguna vez seriamente asustar a los norehanos y obligarles a pasar por nuestras duras condiciones?

- Le parece absurdo, ¿verdad? Pues sí, confiaba en poder hacerlo. Ello se debe a que la Princesa Ámbar que yo amé era muy distinta a la actual Emperatriz de Nahum. Me preguntaba si, al expulsarla yo del autoplaneta "Valera", no la habría impulsado a odiar a mi raza lanzándola por el abismo del desengaño y del deseo de vengar su desdicha en el género humano. Por eso tenía que venir a entrevistarme personalmente con ella. Era preciso asegurarme de que mi severidad fue justa y no cruel con una muchacha que yo creía buena.

- ¡Ah, bien! -exclamó Carmen Valdivia- ¿Y cuáles son sus

impresiones ahora que ya ha hablado con ella?

- Ámbar nunca fue buena. Se casó conmigo porque creía poder convencerme para que me erigiera en emperador de mi pueblo. Al principio no creyó que mi autoridad estuviera supeditada a ninguna otra. Cuando se convenció de yo era solamente un soldado al servicio de una nación y no aspiraba a ser otra cosa, debió retirarme toda la admiración y el respeto que en principio le inspiraba. Para su mentalidad ególatra era incomprensible que el hombre que acababa de derrotar al imperio de su padre se diera por satisfecho con dar la libertad a unos planetas esclavos, recoger a su gente y marcharse por donde había venido sin buscar beneficio personal alguno. Debió conformarse a regañadientes con ser la primera dama de nuestro pequeño mundo; la respetada esposa del Almirante Mayor. Pero cuando se incubó el motín de los Balmer y vio amenazado también mi título, no pudo resistir más. Calcula que debió respirar aliviada cuando le proporcioné los medios para abandonarme y regresar a su patria. Pero eso no lo sabía yo entonces, y me ha costado bastante comprenderlo.

- Y ahora, ¿cómo se siente usted?

- Como si acabaran de quitarme un peso de encima. Nuestra embajada ha resultado estéril, pero al menos podré conducir la próxima ofensiva sin estorbos en la conciencia.

El cohete sideral marchaba recto a introducirse en una magna concentración de autoplanetas thorbod, entre los que estaría más seguro que entre los nahumitas. La Armada Thorbod volvía al ataque contra el planeta Noreh. El cohete sideral pasó entre la flota de la Bestia Gris y prosiguió raudo hacia el planeta Bagoah.

CAPITULO VIII

LA PAZ VUELVE A NAHUM

Quince días después del regreso de la fracasada embajada de Miguel Ángel llegó a Bagoah un pequeña flota sideral, integrada casi exclusivamente de grandes autoplanetas de transporte.

Eran los restos de la Flota Sideral Ibajay, invitada por radio por Miguel Ángel para que se reuniera con los restos, algo mayores, de la Flota Sideral de Bagoah.

Los ibajais, al límite de sus fuerzas, habían optado por evacuar las escasas ciudades que todavía resistían enviando a la gente a las montañas. Todo el espacio disponible de los autoplanetas fue reservado para el transporte hasta Bagoah de las existencias de torpedos atómicos robot, así como proyectiles dirigidos tierra-a-tierra. Siguiendo las instrucciones del profesor Valdivia, los ibajais trajeron

también cuanto material aprovechable para las instalaciones reductoras del sabio pudieron acaparar.

La Armada Thorbod, ocupada como estaba en arrollar la tenaz resistencia de la Armada Imperial de Nahum, no pudo evitar que los restos de la Flota Sideral Ibajay llegaran al planeta Bagoah. Coincidiendo con esta llegada de refuerzos, los defensores de Kar efectuaron una salida para despejar el territorio en torno a la capital, necesidad que había venido haciéndose más imperiosa con el trascurso de las semanas.

Los generales bagoahbitas obtuvieron permiso para utilizar por primera vez en combate la nueva arma.

Varios millares de esferas blindadas y tarántulas robot, previamente empequeñecidas, fueron embutidas en el interior hueco de algunos proyectiles teledirigidos y disparados muy atrás de las líneas enemigas. Al estrellarse los proyectiles y las sirenas ultrasónicas que acompañaban a la expedición de miniatura, éstas se esparcieron por el suelo y recobraron su tamaño habitual. Dirigidas por control remoto, las tarántulas y los blindados robots atacaron la retaguardia de los hombres-planta abriéndose paso en dirección a la capital.

Al mismo tiempo, las divisiones acorazadas de Kar bullían por mil agujeros y aberturas del suelo y lanzaban un ataque frontal contra el enemigo. Estas máquinas no disparaban granadas atómicas como las que Miguel Ángel llevó a Noreh, sino proyectiles dirigidos reducidos al calibre de sus cañones normales, los cuales recobraban su tamaño natural al salir por las bocas de los cañones. Cada disparo de estas máquinas autómatas implicaba la destrucción segura de un enemigo. Las voluminosas y vulnerables plataformas lanza-cohetes habían quedado fuera de uso al ser posible disparar los mismos gigantescos proyectiles por medio de cañones-ametralladoras.

El contraataque bagoahbita constituyó un resonante éxito y elevó la moral de los defensores. Las divisiones acorazadas enviadas a la retaguardia enemiga por tan original sistema regresaron a la capital después de haber diezmado a las legiones de hombre-planta y dejar el terreno cubierto de destrozados restos de máquinas thorbod.

Pero como era de esperar, la Bestia Gris se alarmó al tener noticias de esta extraña batalla y volvió sus sorprendidos ojos hacia Bagoah. Doce días más tarde, cuando hubo reunido datos concretos acerca de los sucesos de Bagoah, envió una respetable escuadra sideral que sometió a la capital de la república a un terrorífico bombardeo mientras los autoplanetas desembarcaban nuevos contingentes de hombres-planta.

- ¿Por qué no salimos a dar la batalla a esa escuadra? -preguntó un almirante ibajay a Miguel Ángel mientras la ciudad entera crujía y temblaba bajo el atroz bombardeo.

- Contenga sus impaciencias, mi querido almirante -repuso el terrícola sacudiendo el polvo que caía del techo, sobre sus hombros-. No ha sonado todavía la hora de nuestra revancha. Si saliéramos ahora a combatir a esa escuadra es casi seguro que la aniquilaríamos. Pero entonces caería sobre nosotros todo el grueso de la Flota Thorbod y eso es precisamente lo que tratamos de evitar. Déjeles que nos bombardeen y crean que nuestro invento sólo es práctico en tierra. Cuando dejen de arrojan bombas barreremos de nuevo las divisiones terrestres y volveremos a empezar.

Los hombres grises, en efecto, se cansaron de arrojar bombas contra las solidad capas de "dedona" que protegían la capital. Las defensas terrestres habían llegado a tal grado de solidez que sólo con un ataque terrestre podrían ser batidas. Cuando la escuadra dejó de arrojar bombas, los hombres-plantas avanzaron tras una arrolladora línea de tanques y tarántulas robot.

Los defensores de la ciudad emplearon entonces una nueva arma. Con simples fusiles ametralladores disparaban terribles ráfagas de granadas atómicas perforantes, del mismo calibre grueso que utilizaban los tanques de dedona. Cada hombre oculto en su pozo de tirador, surgiendo de los reductos llenos de sangre y cadáveres se convertía en un fortín tan temible como un blindado de "dedona". Al menos podía hacer a éste tanto daño como le haría un antagonista del mismo tipo y armamento.

Los platillos volantes de la Bestia Gris descendían en vuelo rasante para destruir a los robots bagoahbitas y proteger a los suyos. Cuando las ametralladoras bagoahbitas empezaron a disparar ráfagas de proyectiles dirigidos tierra-a-aire, los platillos volantes cayeron en la trampa sin poder eludir las densas nubes de proyectiles que se materializaban en el aire y les buscaban acabando por estrellarse contra ellos.

Naturalmente, la necesidad de proveer al Ejército de tan grandes cantidades de proyectiles reducidos redundaba en perjuicio de la Flota. El profesor Valdivia encontraba ciertas dificultades en reducir los proyectiles grandes a un calibre escrupuloso. Fue entonces cuando Miguel Ángel optó por no montar ametralladoras en los buques siderales.

- En realidad -dijo- obtendremos el mismo resultado metiendo varios centenares de torpedos reducidos en un paquete y disparando éste por los tubos lanzatorpedos. Las ametralladoras serán ideales para batir objetivos situados en tierra firme, pero para un combate en el espacio no hacen falta.

De este modo se consiguió aumentar la producción de torpedos enanos. Además, cuando el profesor Valdivia pudo construir nuevos aparatos reductores con el material traído por los ibajais, la cantidad

de torpedos reducidos para la Flota empezó a crecer rápidamente.

Mientras esperaba el momento de entrar en acción, los ojos de Miguel Ángel no se apartaban de los sucesos de Noreh. La Bestia Gris se veía en un aprieto dudando entre proseguir sus ataques contra Noreh o abandonar al Imperio nahumita para volver contra Bagoah y acabar de una vez con la tenaz resistencia de los Estados Unidos.

Era el caso que la Bestia tenía muy adelantados sus planes de invasión sobre Noreh y no podía abandonar una tarea para dedicarse a otra. Si dejaba en paz a los nahumitas y atacaba a los bahoahbitas, la Armada Imperial de Nahum se recuperaría durante la tregua. Si proseguía combatiendo contra la Armada Imperial de Nahum se exponían a que los bagoahbitas reconquistaran todo su planeta.

Finalmente la Bestia debió considerar que los bagoahbitas tardarían en reconquistar su planeta mucho más de lo que ella tardaría en invadir Noreh. Obrando según este criterio los thorbod volvieron a retirar su flota de Bagoah y reanudaron los encuentros siderales contra la Armada Imperial de Nahum.

Los bagoahbitas gozaron así de una relativa tranquilidad. El profesor Valdivia pudo dedicar casi toda su maquinaria a comprimir torpedos atómicos. Se dio un salto prodigioso hacia la puesta a punto de la flamante Flota Sideral Especial, a la que se habían sumado los buques llegados de Ibajay.

Día tras día, los bien provistos arsenales de la flota se iban vaciando. Día tras día crecía la montaña de cajas repletas de torpedos robot en miniatura. Día tras día, thorbods y nahumitas se encontraban en el abismo espacial librando sangrientas batallas que iban mermando sus fuerzas.

El Imperio de Nahum luchaba desesperadamente sabiendo que era aquella su única oportunidad de sobrevivir a la Bestia. Y tan bien lo hizo y con tanto denuedo, que la Bestia Gris fue la primera en tambalearse y en ceder repentinamente bajo el esfuerzo desesperado y continuado de los nahumitas.

Una mañana, inesperadamente, los exhaustos autoplanetas thorbod pasaron cerca del planeta Bagoah, recogieron las escasas fuerzas aéreas que allí tenían destacadas y huyeron abandonándolo todo: Platillos volantes, ejército robot y hombres-planta. La Imperial Flota de Nahum les persiguió hasta las fronteras de la galaxia que aspiraba a dominar, se detuvo allí y volvió a su planeta metropolitano lamiéndose sus terribles heridas.

- Bien -dijo Miguel Ángel al conocer la retirada de la Bestia Gris- Nos hemos librado de un enemigo y el otro ha quedado jadeante. Este es nuestro momento.

La Flota Sideral Especial, hasta entonces refugiada en los abismos del océano, emergió a la superficie y fue A concentrarse sobre Kar

entre los vítores de la multitud. Sus efectivos llegaban escasamente a 20.000 buques, frente a los 800.000 que Miguel Ángel calculaba al Imperio de Nahum después de las cuantiosas pérdidas sufridas en los combates contra la Armada Thorbod.

Mientras la Flota cargaba torpedos en miniatura, Miguel Ángel Aznar, emperifollado con sus galas de Almirante Mayor, fue a felicitar al profesor don Eliseo Valdivia.

- Espero arrollar a la Armada Imperial de Nahum en el primer encuentro -dijo- y si lo consigo, a usted y a nadie más deberemos esta victoria. El Imperio no quedará deshecho, sin embargo, solamente con que le privemos de su Armada. Los nahumitas defenderán cada palmo de su planeta y hemos de arrollarles en tierra como en el aire. Quiero decir con esto que se le exige otro esfuerzo más. Empequeñecer todos los tanques y las tarántulas robot que poseemos y las que se vayan fabricando. En el próximo salto sobre Noreh aniquilaremos lo que queda del Ejército Robot enemigo.

- Lo haré todo lo más aprisa que pueda -prometió el profesor sonriendo- Me urge mucho emprender el viaje hacia casa.

Miguel Ángel estrechó la mano del profesor. Carmen Valdivia que se encontraba presente en la entrevista habló a su vez.

- Señor Aznar -dijo- ¿Me permitiría usted acompañarle en esta expedición sideral? ¡No proteste! Sé que puede hacerlo si quiere… y no sirve la excusa de que voy a correr peligros.

- Puesto que usted me ha atajado por todos los caminos y si su padre consiente… ¡sea! Venga usted a ver cómo se hunde el orgulloso Imperio de Nahum.

Carmen Valdivia pasó al buque almirante con Miguel Ángel y la Flota Sideral Especial se puso en marcha entre los vítores de los bagoahbitas que confiaban en ella.

La Flota Especial voló raudamente rumbo a Noreh formando un rígida línea que ocupaba más de doscientos kilómetros de espacio.

- O mucho me equivoco -pronosticó el Almirante Mayor- o la Armada Imperial de Nahum acudirá a recibirnos con un número de buques que sólo doblará al nuestro.

Esto fue lo que ocurrió exactamente. La Armada Imperial de Nahum, riendo sin duda de la temeridad de aquellos locos, se dispuso a hacer frente a la reducida flota con sólo 60.000 buques de combate. En buena teoría militar, una flota doble que la enemiga tenía la absoluta certeza de derrotarla en pocos minutos.

- LANCEN -ordenó el Almirante Mayor cuando la Armada Imperial de Nahum se puso a tiro.

Los 20.000 buques de la flota aliada estaban sincronizados electrónicamente con el aparato transitor del acorazado almirante. A la voz de fuego, cada navío sideral largó un torpedo, cada uno de los

cuales contenía, por término medio, 1.000 torpedos miniatura; es decir veinte millones de torpedos autómatas en conjunto.

Inmediatamente después de abandonar los tubos, las crías de torpedos tendieron a recobrar su tamaño natural reventando el torpedo normal que les contenía.

Veinte millones de torpedos atómicos construidos de "dedona" provistos de un cerebro electrónico que les guiaba hasta los puntos más vulnerables de los buque enemigos se materializaron en el vacío interestelar y avanzaron raudamente contra la sorprendida escuadra nahumita.

Inútil fue que los nahumitas pusieran en el aire cuantos torpedos robot podían. Los 20 millones de torpedos autómatas bagoahbitas eran un directo imparable que arrolló a los 60.000 buques enemigos. La hoguera atómica precipitó durante breves segundos en mitad del profundo silencio estelar. Al apagarse el resplandor de la última explosión, la escuadra nahumita había quedado reducida a una nube de restos que flotaban en el vacío.

- ¡Oh! -exclamó José Luis Balmer volviéndose hacia su absorto cuñado- ¿Has visto eso Miguel Ángel?

- Sí, lo he visto -repuso el joven Almirante Mayor- No ha ocurrido más de lo que esperábamos, ¿verdad?

- ¡Cielos, sí! Pero sólo al verlo me doy cuenta de la terrible arma que hemos creado. ¿Qué Armada Sideral, conocida o por conocer, sería capaz de resistir una andanada de torpedos comprimidos disparados al mismo tiempo por tres millones de buques de nuestro autoplaneta "Valera"?

- Ninguna, José Luis... ninguna -murmuró el caudillo hondamente impresionado por su propia victoria- El profesor Valdivia ha puesto en nuestras manos un terrible método de destrucción. Quiera Dios que su invento no sea utilizado nunca para sostener la injusticia.

La Flota Sideral Especial, después de barrer del cielo a la escuadra nahumita prosiguió su vuelo hacia Noreh. Los nahumitas acababan de ver saltar a sus buques y se preguntaban si aquella ridícula flota de 20.000 navíos sería capaz de arrollar también a toda la cuantiosa Armada Imperial.

Evidentemente estaban asustados. Y como tenían que hacer frente a sus pequeños enemigos o dejar que éstos llegaran hasta Noreh, no tuvieron más remedio que reunir a sus agotados buques y enviarlos contra la reducida Flota Especial. La mayoría de los navíos nahumitas ni siquiera habían tenido tiempo de completar su reaprovisionamiento de municiones después de la dura batalla que expulsó a la Bestia de Nahum.

- Nuestros contadores electrónicos cifran en quinientos mil los efectivos nahumitas -advirtió José Luis Balmer.

- Son bastantes menos de los que yo calculaba -repuso el Almirante Mayor-. ¡Adelante!

La Flota Especial, en formación abierta, se abalanzó sobre la Imperial Armada de Nahum. Los nahumitas fueron los primeros en abrir el fuego.

- ¡Lancen!-gritó Miguel Ángel ante el micrófono de su emisora transitora.

Las tripulaciones bagoahbitas se dieron el gusto de largar por sí mismas los torpedos que habían de fulminar a la orgullosa Armada de Nahum. Esta vez, los buques aliados largaron diez torpedos por unidad al mismo tiempo.

- ¡200 millones de torpedos avanzan al encuentro de la Armada de Nahum! -gritó José Luis Balmer ante el micrófono para los anhelantes radio-escuchas del planeta Bagoah-. ¡Esta es la mayor concentración de artefactos robot que han sido puestos jamás en el espacio al mismo tiempo! ¡Es el inevitable fin del aborrecido Imperio de Nahum! ¡La Emperatriz Ámbar, Señora de los Cielos y los Planetas, morirá hoy de rabia al ver barrido del cielo el fruto de largos años de trabajo y viles maquinaciones!…

Con mirada absorta, Miguel Ángel Aznar veía avanzar a los 200 millones de torpedos robot formando una nube brillante que dejaba un largo rastro de fuego en el negro espacio. Instintivamente pasó su brazo alrededor de los hombros de Carmen Valdivia, que junto a él seguía el impresionante vuelo de los artefactos a través de una pantalla de televisión. La muchacha se apretujó contra el Almirante Mayor con el aliento en suspenso. No se escuchaba a bordo del buque almirante más ruido que el que promovía José Luís Balmer informando a gritos a los radioescuchas de Bagoah del curso de la trascendental batalla.

- ¡En este momento se encuentran nuestro torpedos con los torpedos enemigos! Ustedes pueden ver el chisporroteo de las explosiones atómicas… nuestra imparable andanada sigue adelante después de arrollar la nube de proyectiles nahumitas… sigue adelante.

La Armada Imperial de Nahum seguía lanzando torpedos a toda velocidad Estos proyectiles libraban furioso combate contra los bagoahbitas. Pero cada torpedo sólo podía contener a otro torpedo y eran 200 millones de máquinas infernales las que seguían avanzando!

La terrorífica andanada bagoahbita alcanzó a la Armada Imperial de Nahum. Los buques nahumitas desaparecieron ocultos por el brillante parpadear de las explosiones atómicas. Una fantástica Vía Láctea parecía haberse encendido de súbito en el negro abismo espacial. Cuando se extinguió el último chisporroteo, una nube de brillante polvo cósmico quedó en el lugar que minutos antes ocupaba la ensoberbecida Armada Imperial de Nahum.

- ¡Victoria! -chilló José Luis Balmer como un energúmeno.

- i Victoria! -exclamó Miguel Ángel roncamente, abrazándose a Carmen Valdivia.

- ¡Victoria… victoria! -repitieron en el planeta Bagoah millones de seres minutos más tarde.

La imbatida Flota Sideral Especial se cernió victoriosa sobre el estupefacto planeta Noreh.

* * *

Era proverbial que un planeta no podía defenderse sin protección aérea, y esto había de ocurrirle necesariamente al planeta Noreh. Durante diez meses, los bagoahbitas se dedicaron a barrer de su suelo a los hombre-planta y a construir blindados y tarántulas robot. Algunos millares de estas máquinas fueron reducidas de tamaño, pero la inmensa mayoría, no. Dueña la Flota Sideral del cielo de Noreh, nadie podía evitar que desembarcara un Ejército Robot cuándo y dónde quisiera. En cambio fueron empequeñecidos los proyectiles dirigidos para que pudieran dispararse por los cañones de aquellas máquinas.

Durante estos meses, Noreh se agitaba en terribles convulsiones internas. Los Estados Unidos de Bagoah habían vuelto a invitar al Imperio a una rendición incondicional. Un sector del pueblo norehano se mostraba partidario de esta rendición, pero la Emperatriz y la nobleza, sabiendo que serían ejecutados de todas formas, estaban dispuestos a morir matando y ahogaban en sangre las revueltas de sus súbditos.

La invasión de Noreh se inició a los 13 meses de haber sido aniquilada la Armada de Nahum. El Ejército Autómata aliado deshizo al ejército norehano a lo largo de muchas y violentas batallas y cercó completamente a la capital.

Por estas fechas, la Emperatriz Ámbar anunció en una alocución televisada que "Nahum resistiría hasta el último instante, y después daría a los vencedores una muestra de su indomable orgullo provocando voluntariamente la desintegración total de la atmósfera y los océanos del planeta".

El aparato de televisión del buque almirante bagoahbita captó la imagen y el discurso de la Emperatriz. Esta aparecía convulsa y desgreñada, con los vestidos en desorden y una mirada enloquecida en los ojos.

- ¡Nuestra princesa Ambar ha enloquecido! -exclamó José Luis Balmer al ver aquella imagen espectro de la que fue Princesa de Nahum.

Miguel Ángel Aznar pensó lo mismo. Impotente para deshacer las

grandes nubes que se cernían sobre el agotado Imperio. Ámbar de Nahum había acabado por perder el control de sus nervios y era una pobre mujer histérica.

- ¿Cree usted que su esposa cumplirá su amenaza? -preguntó Carmen Valdivia a Miguel Ángel.

- Si puede, sí lo hará -repuso el joven-. Ella lo tiene todo perdido. ¿Qué le importa arrastrar consigo a millones de súbditos? Los dioses piden sangre en su ocaso. Tendremos que ser circunspectos en el empleo de tropas humanas.

Las operaciones entraron en un período de dilaciones. Seguro de que cualquier día de aquellos estallaría el aire y el agua de Noreh, Miguel Ángel evitaba siempre que podía que tropas humanas participaran en el asedio de Kindal. Sabía que los habitantes de la capital, temiendo que la Emperatriz realizara sus amenazas, estaban en franca rebeldía contra las fuerzas armadas imperiales. Inesperadamente, el planeta Noreh se envolvió en una llamarada inmensa, aterradora, que disipó por reacción en cadena los átomos de la atmósfera y las moléculas de todos los océanos.

Cuando se disipó el fatídico halo de luz que sellaba el dramático fin de todo un planeta con sus miles de millones de habitantes, Noreh se mostró a los ojos espantados de Miguel Ángel Aznar con toda su aterradora desnudez de planeta muerto, sin nubes, sin mares, sin aire, expuesto a los ardores del sol durante el día y el aniquilador frío del cero absoluto durante las noches siderales.

- ¡Se acabó! -murmuró Carmen Valdivia con un soplo de voz.

- Esto tenía que terminar así -fue el lacónico epitafio de José Luis Balmer.

- Quiero entrar en Kindal -anunció Miguel Angel ante la estupefacción de sus compañeros.

- ¿Para qué? -preguntó el almirante don Rodrigo Aznar.

- Tengo que hacerlo. Lo prometí a mi esposa.

- ¡Pero si ella habrá muerto! -protestó el coronel Tortajada.

- Es necesario que lo compruebe.

- Bueno -suspiró José Luis Balmer-. Iremos a Kindal. Siempre he tenido curiosidad por ver cómo quedaba un planeta después de perder su atmósfera y sus mares.

- Yo también -aseguró Carmen Valdivia.

El buque almirante descendió sobre Kindal. Los expedicionarios, equipados con escafandras de vacío, desembarcaron y penetraron en la ciudad muerta.

Allí donde la luz del sol no daba directamente reinaba la más profunda oscuridad. Apenas entraron en Kindal empezaron a ver montones de cadáveres, sorprendidos por la muerte en las más diversas actitudes. Carmen Valdivia habló con Miguel Ángel por radio.

- Esto es demasiado fuerte para mí -anunció- Voy a salir y a esperarles fuera. Siento unas tremendas náuseas.

El ministro de Asuntos Exteriores de los Estados Unidos de Bagoah también sentía malestar y volvió atrás con la señorita Valdivia. Los demás siguieron adelante pasando sobre montañas y más montañas de cadáveres congelados.

La vida había quedado bruscamente interrumpida en las entrañas de la ciudad subterránea. Sin embargo, funcionaban todavía muchos servicios eléctricos, tales como el de ascensores, escaleras sin fin y alumbrado. Pero, como sobre la superficie del planeta, el aire habíase disipado y las sombras eran extraordinariamente compactas allí donde un rayo de luz no alcanzaba directamente.

Tampoco los sonidos se trasmitían en aquel mundo sin atmósfera. Los visitantes de Kindal avanzaban envueltos en un medroso e impresionante silencio, sin que sus pisadas ni el funcionamiento de los ascensores produjeran sonido alguno.

- Vámonos de aquí -aconsejó José Luis Balmer por radio-. Esto es muy desagradable.

- Ya falta poco para llegar a Palacio.

En efecto, ya estaban llegando a la monumental plaza donde todo un lado estaba ocupado por la fachada de la residencia de los emperadores de Nahum. Los expedicionarios sortearon los cadáveres congelados que llenaban la plaza y entraron en Palacio.

- ¿Buscas realmente el cadáver de tu esposa? -preguntó José Luis.

- Sí. Debe estar en su trono… eso es lo propio de ella.

Andando a lo largo de los señoriales corredores, viendo aquí o allá los cadáveres de guardias, oficiales y servidores, los expedicionarios alcanzaron la sala del trono. Este resplandecía de luces como el día que Miguel Ángel fue a Kindal en misión de embajador. En el reparado trono había sentada una figura humana, erguida, yerta, inmóvil, con la quietud marmórea de las estatuas, empuñando en una mano el pesado cetro de los emperadores de Nahum.

El grupo subió lentamente la escalinata y se detuvo ante Ámbar, Emperatriz de Nahum, "Señora de los Cielos y los Planetas", que había esperado a la muerte sentada en aquel trono del que nadie pudo echarla en vida. Estaba congelada. Miguel Ángel, profundamente impresionado, se acercó para arrancarle el cetro de la mano. Pero al tirar del cetro se llevó también la marfileña mano de la Emperatriz, y al mismo tiempo, todo el cadáver se derrumbó en pedazos.

En los auriculares del interior de la escafandra sonaron los gritos de horror de sus compañeros. El caudillo terrícola, el hombre que por dos veces consecutivas había aniquilado al Imperio de Nahum, siguió con los ojos absortos el silencioso rodar de aquella testa coronada que iba desmenuzándose como una bola de arcilla.

Sus compañeros, desagradablemente impresionados, bajaron apresuradamente la escalinata. Miguel Ángel lanzó una última mirada sobre el montón de carne rota y amoratada y les siguió recogiendo aquella extraña corona rematada por un globo que irradiaba un fantástico resplandor.

Al volver a salir a la superficie del planeta, el sol caía sobre el negro horizonte teniendo muy alargadas sobre el suelo las sombras de los árboles petrificados. Carmen Valdivia se adelantó hacia Miguel Ángel.

- ¿Qué lleva ahí? -preguntó señalando el cetro y la corona.

- ¿Esto? -murmuró el joven como si saliera bruscamente de un sueño-. Son los atributos imperiales de Ámbar de Nahum.

- ¿Así, la encontró?

- Sí. Estos señores testificarán su defunción. Vámonos ya. El sol se pone.

El grupo regresó al buque almirante de la Flota Sideral y éste se remontó en el espacio poniendo proa al planeta Bagoah.

- ¿Para qué quiere ese cetro y esa corona? -preguntó Carmen Valdivia a Miguel Ángel.

- Son mi único botín de guerra. Dejaré la corona en Bagoah para que las generaciones futuras admiren el objeto que ciñó uno de los cerebros más ambiciosos y perversos de la Creación. El cetro lo llevaré conmigo a la Tierra y constituirá un objeto decorativo de la casa de los Aznar. Cuando sea muy viejo sentaré a mis tataranietos sobre mis cansadas rodillas y, a la vista de este cetro, les referiré la historia de la Emperatriz de Nahum.

- Entonces… ¿es que piensa casarse de nuevo? -preguntó Carmen humedeciéndose sus rojos y frescos labios.

- Creo tener derecho a rehacer mi existencia. Y cuento para ello con su amable colaboración. Dígame, señorita Valdivia. ¿Quiere usted casarse conmigo?

Carmen Valdivia, paralizada por el estupor, no tuvo fuerzas para contestar. Pero sus bellas pupilas, agrandadas por el asombro, se abrían de par en par a un nuevo mundo poblado de fascinantes maravillas y acogían con entusiasmo la idea de convertirse en la mujer del hombre que amaba desde mucho antes de haberle conocido.

* * *

Tres meses más tarde, los exiliados terrícolas que un día llegaran a Bagoah en demanda de asilo, zarpaban rumbo a la Tierra a bordo de un gran autoplaneta cedido por los Estados Unidos de Bagoah. Convertido Noreh en un planeta muerto, su reparto no creaba problemas entre los cuatro planetas supervivientes, de los cuales había sido expulsada ya la chusma vegetal.

La Bestia Gris, derrotada, pero no aniquilada seguiría constituyendo una amenaza que los nahumitas no podían olvidar. Mas para acabar de una vez con el Azote de la Humanidad, los nahumitas libres quedaban en posesión de todos los torpedos y máquinas reducidos que no fueron utilizados contra el Imperio de Nahum y los que se fabricaron hasta que Miguel Ángel Aznar y los suyos emprendieron el regreso a su patria.

Aquel mismo día, el caudillo terrícola presidió el acto de destruir los complicados aparatos del profesor Valdivia que sirvieron para darle la victoria. Luego, los terrícolas se despidieron de sus amigos bagoahbitas, y partieron llevándose el secreto del profesor Valdivia.

- Hace un siglo -dijo Miguel Ángel cuando veía empequeñecerse en la distancia la galaxia nahumita- partí de estos mismos mundos creyendo encontrar la paz y la felicidad lejos de ellos. Por obra de los misterios designios de la Providencia he tenido que volver a Nahum para refugiarme en la dicha de un nuevo amor y una nueva ilusión.

- Espero que no tengas que volver de nuevo… para casarte con otra, mi temible Don Juan -murmuró Carmen Valdivia, ciñendo con sus torneados brazos la cintura de su esposo.

F I N